3913

FERNANDO GARCÍA JIMENO

Los egoistas

COMEDIA EN TRES ACTOS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1912

Badajoz, 1912
Tip. y Enc. «La Minerva Extremeña»

14

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/losegostascomedi21014garc

LOS EGOISTAS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los paises con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS EGOISTAS

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

DE

Fernando García Jimeno

Estrenada en el TEATRO LOPEZ DE AYALA

el 23 de Mayo de 1912

BADAJOZ
Imprenta y Encuadernación La Minerva Extremeña
21, Plaza de la Constitución, 21
1912

A la sagrada memoria del señor

D. Fernando García Alvarez

su hijo,

Fernando.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LUCITA	Srta.	**Matilde Rodríguez.**
DOÑA GUADALUPE	Sra.	Ana Siria.
DOÑA ROSA	»	Felisa Boisgontier.
TERESA	Srta.	Carmen Muñoz.
PORTERA	Sra.	Victoria Calzadilla.
RAMÓN	D.	**Fernando Porredón.**
DON LUCAS	»	Francisco Serrano.
DON MATÍAS	»	Rafael Victorero.
LUISITO	»	Manuel Alverá.
PEDROSA	»	Félix Infiesta.

ÉPOCA ACTUAL

ACTO PRIMERO

Gabinete amueblado con elegancia y buen gusto. Al foro, puerta que da á un amplio corredor acristalado; otras puertas á derecha é izquierda del actor. La acción pasa en una templada mañana de primavera.

Al levantarse el telón, llegan por la puerta de la izquierda DOÑA GUADALUPE y LUCITA, madre é hija respectivamente. LUCITA es joven de unos dieciocho años, sana, esbelta y señoril. DOÑA GUADALUPE es señora como de cuarenta y cinco, bien llevados; á primera vista se comprende que merece ser madre de LUCITA. Las dos visten sencillos trajes de casa. Al hablar de derecha y de izquierda, se entenderán siempre las del actor mirando al público.

Doña Guadalupe. Llegando con Lucita por la puerta de la izquierda. Vamos, tontilla; ahora que estamos solas: ¿quién es el joven que nos siguió esta mañana?

Lucita. Que me siguió, habrás querido decir, mamá?

Guadalupe. Se comprende; ¿sabes quién era?

Lucita. Sólo sé que viaja casi á diario en el tren real.

Guadalupe. De maquinista, á juzgar por las trazas.

Lucita. No, mamá; de *spormant*. Es un chico muy distinguido.

Guadalupe. Ya has averiguado algo más; porque la distinción no es cosa que le sale á la cara.

612772

Lucita. Te advierto que me es igual; pero cuando vinimos á casa, Teresa—que para olfatear pretendientes no tiene precio—me dijo que debe ser un buen partido; y luego, como la vecina del segundo puso cara de envidia al vernos llegar seguidas de él, he supuesto que la muchacha lleva razón.

Guadalupe. El argumento de la del segundo es de los que no convencen; hubiera puesto la misma cara al vernos llegar seguidas de cualquiera. La pobrecilla...

Lucita. Ya lo sabemos; tiene mucha gana de novio.

Guadalupe. No le falta más que anunciarse por las esquinas. Ha llegado á cansar hasta á las agencias de matrimonios!

Lucita. No me gusta que hables así; repara que tienes una hija.

Guadalupe. El Señor no castiga por tan poco.

Lucita. Por si acaso.

Guadalupe. No te preocupes, tontilla. Tú casarás bién ó poco puede tu madre; y ahora mejor con la perspectiva de la herencia. Los hombres son como las alondras: acuden á los espejuelos.

Lucita. ¡Qué poco favor me haces, mamá!

Guadalupe. A tí no; á ellos, que son todos unos egoistas.

Lucita. Y á mí me ofendes al pensar que nadie ha de acercárseme si no es por el premio, como á los bazares baratos.

Guadalupe. Hay que ponerse en la realidad, Lucita: los hombres, al enamorar, no buscan más que el dinero; si la mujer rica es hermosa, mejor, pueden lucirla; y si es fea, la sustituyen desde luego.

Lucita. ¡Jesús, mamá!

Guadalupe. Afortunadamente, sobre tus encantos personales puedes hacer valer el rango de nuestra posición.

Lucita. Interrumpiéndola. Variemos de tema, que se acerca papá.

Guadalupe. Me sorprende, porque lo dejé escribiendo una carta que ha debido darle que pensar: se trata de ofrecer la casa á uno dándole á entender que no haga uso del ofrecimiento.

Lucita. No me explico á qué viene eso; ó se hace el ofrecimiento de verdad ó no se hace. No veo la necesidad de obrar así.

Guadalupe. Doblemos la hoja, que tu padre llega.

Efectivamente, desde unos segundos antes se habrá oído á D. Lucas que va acercándose, tarareando una música popular. A ser posible, no será música vienesa.

Don Lucas. Llegando por el foro hasta colocarse entre las dos. En la mano derecha trae un sobre y un pliego, escritos. Hola, hola, juntitas! Así me gusta; pareceis dos hermanitas prestándoos consejos.

Lucita. Tanto como dos hermanitas no, papá; no exageres.

Guadalupe. A Lucita. No te creas tampoco tú que eres una niña.

Lucas. Eso es: auméntale años á tu hija; veremos como te los quitas luego tú.

Guadalupe. A D. Lucas. Bueno, á lo que importa; por tí nos pasaríamos la vida discutiendo pequeñeces. ¿Escribiste la carta?

Lucas. Perplejo por la presencia de Lucita. Aquí la traigo. Mostrando el pliego y el sobre escritos.

Guadalupe. Léela.

Lucas. Espera, mujer, no tengas prisa. Hace una

hora se te ocurrió la idea de escribir y ya estás violenta porque no ha llegado la carta á su destino. ¡Qué afán el tuyo por que te atormenten los nervios!

Guadalupe. ¡Y qué afán el tuyo por excitármelos! Hace ademán de coger el pliego y el sobre escritos, que D. Lucas retira disimuladamente.

Lucas. Satisfecho de que se le haya ocurrido esta salida. Anda, Lucita, tráeme los lentes que me he dejado sobre la mesa del despacho.

Lucita. De seguida, papá. Va á salir por la puerta de la derecha en el momento en que llegan, por el foro izquierda, doña Rosa y D. Matías, matrimonio sexagenario, tíos de doña Guadalupe. Traen la avaricia retratada en el semblante. Saludándolos. Buenos días, tiitos. ¿Tan temprano? Vuelvo en seguida. Váse por la puerta de la derecha.

Guadalupe. Saliéndoles al encuentro. Caramba, ¡qué tempranito!

Lucas. Acercándose también, luego de dejar la carta sobre una silla, á su espalda. ¿Qué novedad nos adelanta el placer de vuestra visita?

Don Matías. Nada, sobrinos; nada de particular y algo muy grave. Se sienta.

Doña Rosa. Una carta de Ramón. Se sienta igualmente.

Matías. Y no hemos querido esperar á la tarde para venir.

Rosa. Porque el asunto...

Matías. A doña Rosa. ¿Vas á ser tú ó voy á ser yo quien lo diga?

Rosa. Dilo, dilo tú. A mí no me gusta dar malas noticias.

Lucas. Sabemos de qué se trata.

Matías. ¿Os ha escrito también á vosotros?

Guadalupe. Sí; por cierto que ya le hemos contestado.

Matías. ¿Negándoos en absoluto, por supuesto?

Guadalupe. Claro que sí.

Rosa. Es natural.

Guadalupe. No tenemos nosotros la culpa de que él sea un calavera.

Lucas. Ya no; lo ha sido.

Matías. Naturalmente. Como que esa *profesión* deja de ejercerse en cuanto se acaba el dinero. Conviene advertir que este personaje es de los que hablan siempre en hueco; sin que ello autorice para exagerar su aire de dogmatizante.

Lucas. Sin embargo, yo no he querido hablarle con dureza. Al fin y al cabo es mi cuñado y se trata de una desgracia.

Rosa. Resultado de una vida licenciosa.

Guadalupe. De crápula.

Matías. De vergonzoso desenfreno.

Guadalupe. A D. Lucas. Siempre habrás hecho mal mi encargo. Ya ves que se trata de mi hermano y yo no me ando con blanduras de corazón.

Matías. Por ese camino, lo tendríais aquí antes de una semana.

Lucas. Y por el otro camino también. No sé qué quieren ustedes que haga.

Lucita. Llegando por donde se marchó momentos antes. Papá, toma. Dándole los lentes. Todos suspenden la conversación y Lucita se prepara una nueva salida preguntando á su padre: ¿Quieres que te traiga la pitillera que te has dejado también sobre la mesa del despacho?

Lucas. Después de llevarse maquinalmente las manos á los bolsillos de la americana. Sí, tráemela. Váse Lucita, que escucha unos segundos desde la puerta antes de alejarse. D. Matías saca una elegante pitillera y alarga un cigarro á D. Lucas. Fuman ambos.

Guadalupe. A D. Lucas. Parece que no hay criada en la casa.

Lucas. No me gusta que mi hija se entere de ciertas cosas.

Guadalupe. Ya tiene edad para enterarse de esto.

Matías. No conviene que las mujeres estén ignorantes de ciertos asuntos.

Rosa. Y á ella le interesa más que á nadie.

Lucas. Levantándose. Me acorralais, pero sin convencerme. Pasea nerviosamente.

Guadalupe. A D. Lucas. En concreto: tú ¿qué le dices á Ramón.

Lucas. Alargándole el pliego escrito. Ahí tienes, entérate.

Doña Guadalupe lee para sí, atropelladamente de puro nerviosa.

Rosa. Es muy cómodo el procedimiento de estos niños viciosos: gastan alegremente su patrimonio y vienen á refugiarse luego al lado de la familia.

Matías. Y yo no he reunido mis cuatro cuartos para que venga otro á disfrutarlos. Cuando falte, ahí quedarán.

Rosa. Pero no para alimentar vicios de gente libertina.

Lucas. En tono ligeramente zumbón. Una idea: pueden ustedes fundar un asilo para ricos tronados.

Guadalupe. Dejando de leer y alargando la carta á su marido. Ya sabía yo que no harías á mi gusto el encargo.

Lucas. Haciendo pedazos el pliego. Arréglenlo ustedes tres de común acuerdo. Yo me voy á la Bolsa. A D. Matías. ¿Desea usted algo?

Matías. Entérate de la cotización de Altos Hornos.

Lucas. Hasta después.

Matías. Adiós.

Rosa. Con retintín. ¡Adiós . . . hombre!

Guadalupe. Dí á lucita que venga.

Lucas. Aparte, importándole muy poco el que lo oigan. Sí, pa-

ra que le enveneneis el alma con el vaho de vuestras miserias. Váse por el foro, izquierda.

Guadalupe. Este esposo mío no acaba de entrar en la realidad.

Rosa. Es un iluso.

Matías. Ha estado inconveniente. Ni siquiera nos ha guardado las consideraciones que debe guardar un futuro heredero.

Rosa. Aunque sólo fuese por egoismo, debería comportarse de manera muy distinta con nosotros.

Guadalupe. Es cuestión de carácter, tía; pero ustedes saben que él los quiere.

Rosa. No tiene motivos para otra cosa.

Guadalupe. Deseando imprimir otro giro á la conversación. Y del asunto de Ramón, ¿qué hacemos? ¿Se le contesta?

Rosa. Si supiéramos que interpretaba bien nuestro silencio, lo mejor era no contestar.

Matías. Vendría.

Guadalupe. De seguro.

Rosa. Entonces hay que escribirle desengañándolo.

Guadalupe. Decirle que hemos variado de fortuna.

Rosa. No; sencillamente que hemos muerto para él.

Matías. Dejad eso de mi cuenta.

Rosa. Vendría para hacer aquí la misma vida licenciosa.

Matías. Comprometiendo nuestra reputación de personas serias.

Guadalupe. Y siendo piedra de escándalo para mi hija. Preséntase en el foro pidiendo permiso para entrar Luisito, joven de veintisiete años, todo goma y frivolidad. Se encarece mucho al actor que no desnaturalice este personaje haciendo de él una caricatura. Desgraciadamente existen infinitos modelos.

Luisito. Al foro. ¿Se puede?

Guadalupe. Adelante, Luisito; pase usted.

Rosa. Pase usted.

Luisito. Muy buenos días. ¿Cómo está usted, doña Guadalupe?

Guadalupe. Buena, gracias.

Luisito. Y tan hermosa.

Guadalupe. Su galantería no respeta ni aun á las señoras casadas.

Luisito. Mientras la hermosura no sea, como no es, patrimonio exclusivo de las solteras.

Guadalupe. Me aturde usted, Luisito.

Luisito. Usted, D. Matías, ¿tan buen viejo?

Matías. Bien; ¿y usted, pollo?

Luisito. Yo, como siempre.

Matías. Aparte. Tonto de capirote.

Luisito. A los pies de usted, doña Rosa.

Rosa. Adiós, Luisito. ¿Y su mamá? ¿Y las hermanitas?

Luisito. Todos buenos. Las niñas aburridas; las diversiones son tan pocas...

Matías. Aparte. Hoy no salimos del capítulo de cumplidos.

Guadalupe. Siéntese usted y díganos qué asuntos le traen por esta su casa.

Luisito. Deseaba hablar á su esposo.

Matías. Aparte. Este viene á enterarse de algo. Como si lo viera.

Guadalupe. Si no es asunto reservado...

Luisito Confiarle la compra de unos títulos de la Deuda. Aparte. Menos mal que se me ha ocurrido esta salida.

Matías. Aparte. Para quien te crea.

Guadalupe. A Luisito. Pues mi esposo no está; pero puede verlo en la Bolsa.

Luisito. Ahora mismo voy allá. Poniéndose de pie con pocas ganas de marcharse; luego hace un esfuerzo como si tuviese la lengua pegada al paladar. Oiga usted, doña Guadalupe: ¿es cierto que viene Ramón? Me lo acaba de decir Manolito Castroverde.

Guadalupe. Sí, señor; es cierto que quiere venir.

Matías. Pero no vendrá.

Rosa. Figúrese usted, Luisito; ¿cómo ha de venir él para no poder alternar con sus amigos de siempre?

Luisito. Es que nosotros le recibiríamos con los brazos abiertos.

Guadalupe. Sí, señor; ustedes le guardarían las consideraciones de una antigua y buena amistad, pero él, después de su desgracia, sentiría rubor de acompañar con ustedes. ¡Es tan mirado el pobrecillo!

Luisito. Me deja usted atónito, doña Guadalupe. No sé á qué desgracia pueda referirse.

Guadalupe. Me cuesta mucha violencia decirlo, amigo Luis; pero es desgraciadamente cierto que mi hermano Ramón está arruinado.

Luisito. ¿Algún azar imprevisto que ha resentido su fortuna?

Matías. Varios, que han dado con ella al traste.

Luisito. ¿Pero él podrá...?

Matías. Es empresa de cíclopes resconstituir una fortuna, pollo; mucho más, tratándose de personas sin hábitos de trabajo.

Rosa. Y sobre todo, si con la fortuna se pierde la noción de los altos principios morales.

Guadalupe. Es el temor que más me apesadumbra.

Matías. Es muy difícil mantenerse honrado cuando azota la desgracia.

Luisito. Viene luego el sablazo...

Rosa. El rebajamiento...

Guadalupe. Les agradecería que variasen de conversación. Me mortifica muy duramente.

Luisito. Me hago cargo, señora, de su pena.

Matías. Es muy lógico su dolor, amigo mío; respetémoslo.

Luisito. Habla usted muy oportunamente; respetémoslo.

Rosa. ¡Son dos hermanos que se quieren mucho!

Pausa embarazosa. Luisito rompe luego la hipócrita monotonía del cuadro, dejando nuevamente el asiento para despedirse.

Guadalupe. ¿Se marcha usted, Luisito?

Luisito. Con permiso de ustedes y con muy mala impresión de ánimo. El placer de la visita ha sido amargado por la triste nueva.

Guadalupe. Que nos hará el favor de reservar...

Luisito. Por complacer á usted y por deber de amistad, señora.

Rosa. No podíamos esperar menos de usted, Luisito.

Matías. Es un deber de amistad, como usted dice muy bien. ¡La sociedad es tan cruel con los caídos!

Guadalupe. ¡Que salvemos siquiera su nombre!

Luisito. A doña Guadalupe, despidiéndose. Señora, no digo á usted nada: lamento la contrariedad que sufre juntamente con la causa que la motiva.

Guadalupe. Muchas gracias, Luisito; ya sabe, si quiere ver á mi esposo, en la Bolsa lo encontrará todavía.

Luisito. Sí, señora. A D. Matías. Digo á usted lo mismo.

Matías. Gracias, pollo.

Luisito. Doña Rosa, á los pies de usted.

Rosa. Vaya con Dios, Luisito. Mis afectos á mamá y á las hermanitas.

Luisito. Serán muy estimados. Aparte mientras se abotona. No he perdido el viaje; ya sé más detalles que Manolito Castroverde. Extremando los rendimientos. Muy buenos días. Váse por el foro izquierda.

Rosa. Adiós.

Guadalupe. Adiós.

Matías. Cerca del foro. Adiós, pollo. Doña Rosa habla en voz baja á doña Guadalupe, como solazándose.

Rosa. No seas tonta.

Matías. Volviendo hasta donde están las dos. Pues, señor, ha venido ese imbécil que ni llovido.

Rosa. También los necios son alguna vez oportunos. A Guadalupe. Y tú has hecho el papel á las mil maravillas, bribonaza.

Guadalupe. Pues créanme ustedes: en algunos momentos he hablado con absoluta sinceridad. La desgracia de Ramón me ha afectado mucho.

Rosa. ¿Lo cual no impedirá que estés firme en tu resolución?

Matías. Ante todo el número uno.

Guadalupe. Eso desde luego; yo no debo sacrificar á mi hija.

Matías. Si no fuera por meter á Dios en estos manejos, diría que Él ha puesto á ese simplón en nuestro camino para ahorrarnos la mitad del trabajo.

Rosa. ¿A ver...?

Guadalupe. No comprendo...

Matías. Muy sencillo: antes de una hora, Luisito

habrá divulgado la noticia de que Ramón no tiene dos pesetas; como yo he de escribirle luego desengañándolo, no vendrá; y si, obrando temerariamente, viniese, el desvío de los amigos lo alejará pronto de nuestro lado.

Guadalupe. El recurso es muy violento.

Rosa. Pero necesario, sobrina.

Matías. Y, con esto, el plan resulta admirable.

Rosa. Maquiavélico.

Guadalupe. Si no padece nuestro nombre dejando en la corriente la fama de mi hermano.

Rosa. No temas.

Matías. El deshonor de la ruina no es mal que se propaga.

Rosa. Es muy fuerte valla el hierro de una caja de caudales.

Guadalupe. ¡Les digo á ustedes que con todas estas cosas estoy mala! Pausa breve.

Lucita. Llegando precipitadamente por la derecha después de sorprender unos segundos la conversación. A los tíos. Temí no llegar á tiempo de despediros. ¡Esa Teresa habla tanto!

Matías. ¿Y la conversación que sería de tu agrado...?

Lucita Ya la supondrá usted.

Rosa. Conversación de novios.

Matías. ¿Y quién es la víctima?

Lucita. ¡Tito, por Dios...!

Guadalupe. ¡Qué poco me gustan esas confidencias!

Matías. No hagas caso, Lucita; las viejas no se acuerdan nunca de que fueron jóvenes.

Rosa. A doña Guadalupe. Dale las gracias por el piropo.

Guadalupe. Por el piropo y por darle alas á la niña.

Lucita. Dando otro giro á la conversación. La cosa empezó porque yo contaba á Teresa mi sueño de anoche, un sueño inocente, mitad pesadilla mitad ilusión. Adelantándose al deseo y á la pregunta del tío. Sí, lo va usted á saber ahora mismo; no tiene nada de particular. Íbamos varias amiguitas en automóvil por la carretera de Biarritz; el camino parecía una movida exposición de carruajes y éstos, á su vez, semejaban otros tantos escaparates de hermosuras en venta. Distraído el *chauffeur* con el desfile de tanta belleza codiciable, lanzó el coche hacia la izquierda haciéndonos ver el peligro de un abismo en la hondonada. Al grito de horror que lanzamos, un jóven apuesto—atildado y elegante bajo el traje de *chauffeur*—echó pie á tierra interponiendo su auto vacío que, al chocar, detuvo el nuestro al borde del precipicio. Sonrió tranquilo como si nada hubiese hecho; saludó á todas correctísimo; á mí me miró de ese modo especial que miran los hombres cuando alguna emoción los torna calladizos, y se nos ofreció de conductor para el regreso. Al llegar á este punto, Teresa hizo que fijara la atención en un joven que pasaba por la acera de enfrente, preguntándome si tenía algún parecido con el personaje de mi sueño; y yo, inconscientemente y no sé si por la vanidad de hacer más verosímil el relato, la dije que sí. Ella entonces me habló de que los sueños nos anticipan la visión de la realidad y de otras cosas, con las que no estaba ni estoy conforme, y discutíamos... discutíamos... sin darme cuenta de que me esperábais. ¿Qué os parece? Sonrien los tres indulgentemente.

Guadalupe. Ligeramente irónica. ¡Muy bonito!

Matías. Que todavía no sabemos cómo acabó el sueño.

Lucita. Ni el final tiene interés. La imaginación es gran aduladora de las almas jóvenes y suele arreglarlo todo á medida de nuestro deseo.

Guadalupe. Delicadameute irónica. ¡Muy bonito!

Matías. Nos has escamoteado lo mejor.

Rosa. No seas pesado, Matías.

Lucita. Veo que están ustedes de buen humor.

Guadalupe. Todo lo contrario.

Rosa. Pero no por tu culpa, pitusilla. La acaricia.

Lucita. No creo haber dado motivo.

Matías. Precisamente tu charla ingénua ha venido á disipar nuestra melancolía.

Lucita. Lo celebro por ustedes.

Rosa. Y nosotros nos marchamos agradeciéndote que hayas derramado tu alegría sobre la tristeza de nuestras reflexiones. Dispouiéndose á marchar.

Lucita. Me asustais. ¿Es algo grave, mamá?

Matías. No te preocupes.

Guadalupe. La historia de tu tío Ramón; ya la sabrás. Vau á dirigirse hacia la pnerta del foro cuando aparece en ella Ramón, volviendo los tres los semblantes, demudados por la sorpresa, y exclamando con gran asombro y en aparte:

Rosa. ¡¡Ramón!!

Guadalupe. ¡¡Jesús!!

Matías. ¡¡Ya está aquí!! El asombro de Lucita más será producido por el de su madre y el de los tíos que por la llegada de Ramón. Este asombro distará mucho de ser tragicómico.

Ramón. En la puerta del foro, hablando hacia dentro. ¡Pobres gentes! ¡Se conoce que no han aprendido á distinguir más que de la indumentaria! Adelantándose hacia el proscenio. Los viejos estarán de pie y desasosegados hasta el final de esta escena. Ramón es hombre como de veintiocho años, noble, ingénuo y altivo. Viste con exagerado y forzoso desaliño.

Guadalupe. A Ramón, al oirlo hablar hacia dentro. ¿Qué pasa?

Ramón. Esa trailla de estúpidos, que trataban de atajarme el paso. No los he avasallado por si era que cumplían una orden vuestra.

Rosa. Aparte á D. Matías. En eso no hemos sido previsores.

Matías. Aparte á doña Rosa. Era ir demasiado lejos.

Guadalupe. A Ramón, tímidamente, mirando á los tíos con recelo. ¡Qué cosas tienes! Sin duda no te han conocido al verte de esas trazas.

Ramón. No es mía la culpa de que la ropa envejezca pronto; sin embargo, la fisonomía no ha variado gran cosa, y Teresa, al menos, ha debido reconocerme.

Lucita. Cierto que sí, y he de reñirle luego.

Ramón. Gracias, sobrina; pero no procede. Tendrías que reñir también á los tíos, á tu madre... ¿No ves cómo se han sobrecogido?

Rosa. La emoción de la sorpresa.

Guadalupe. Lo inesperado de tu visita.

Matías. Como no habías avisado...

Ramón. Escribí que venía; mejor dicho, escribí preguntando si había hospitalidad para un calavera arrepentido; pero el azar ha hecho que venga á recibir personalmente la respuesta, y aquí estoy. Pero sentémonos... siéntense ustedes ó me marcho.

Matías. Somos nosotros los que nos marchamos.

Rosa. Estábamos ya de pie.

Matías. Bien venido, y hasta luego.

Rosa. Adiós, Ramón. A Lucita. A la tarde vendremos por tí para dar un paseo. Lucita asiente.

Guadalupe. Voy á despedir á los tíos. Hasta ahora.

Ramón. A D. Matías y á doña Rosa, displicentemente. Gracias. Adiós.

Rosa. A Lucita, besándola. Adiós, pitusilla.

Guadalupe. A Lucita, siguiendo á los tíos que se dirigen hacia el foro, por donde desaparecen. Ven, Lucita.

Lucita. Ahora voy.

Ramón. Aparte. A trabajar la herencia. ¡Egoistones! A Lucita. Quédate un momento.

Lucita. Mamá vendrá enseguida.

Ramón. No importa. Pausa breve. Cómo me satisface que mi primera entrevista á solas, al volver á esta casa de mis recuerdos después de una vida de borrasca, sea contigo, con mi nenita de hace diez años. ¿A tí acaso te desagrade?

Lucita. ¿A mí? ¿Por qué?

Ramón. Que ha hecho intención de abrazarla y se contiene. Perdóname; iba á abrazarte sin reparar en que el tiempo ha interpuesto entre nuestros cariños el dulcísimo obstáculo de tu gentileza. ¡Ya eres una mujer! Pero deja que te bese en la frente, altar de la pureza, como besan las madres. La besa delicadamente y respira después á todo pulmón. Tenía necesidad de esta expansión y he querido sellar sobre tu belleza inmaculada el juramento de mi vida nueva.

Lucita. Y yo deseo alentar con mi cariño tan noble propósito. Estrechándole afectuosamente ambas manos.

Ramón. No me he engañado, no; tú eres lo mejor de la casa, Desvaneciendo la ligera contrariedad de Lucita. porque eres lo más nuevo. La juventud lleva consigo un perfume de frescura, de simpatía, de bondad. Tienes además los adornos de la belleza y de la distinción; eres también discreta—se te adivina—. ¡Dichosa la vida que hayan de alegrar esos encantos, que son nuncios de felicidad!

Lucita. ¡Jesús, tío! Parece que te has propuesto

turbarme con la lluvia de flores que has arrojado á mis pies.

Ramón. Sobre tu cabeza, sobre tu busto hermoso de mujer, què es el centro de las flores. A los pies las arrojan los que las profanan.

Lucita. Y ahora, para mayor turbación mía, me das—muy finamente, eso sí—pero me das una lección. No has perdido el tiempo que disipaste en tus alegrías por cuanto te has familiarizado con la cortesanía del lenguaje.

Ramón. No seas pícara, sobrinita; ni ese lenguaje diría bien en quien lleva tu sangre, ni la lisonja seduce en quien deja asomar las primeras canas á su frente. Nada de eso, Luz. ¿No te llamas Luz?

Lucita. Sí; pero los de casa me llaman Lucita. El cariño ha querido hacer más dulce el nombre.

Ramón. A costa de su belleza. Luz es más hermoso, más expresivo, llena más. Lucita es una especie de pantalla que atenúa la fuerza de ese nombre, que tan bién te cuadra, y es como el esquema de tu esencia: ¡LUZ!

Lucita. Se me ocurre una pregunta.

Ramón. ¿Cuál?

Lucita. Que has debido ser muy afortunado en tus amores. Las mujeres nos dejamos seducir por la música de las palabras.

Ramón. Las mujeres como tú, de espíritu amplio, de alma robusta, de imaginación espléndida, que sois las menos. Hay muchas que sólo buscan en el amante la vitalidad del sexo, y otras, esas que se dicen fáciles, rara vez se dejan seducir si no es por la elocuencia de los números. Pero variemos de conversación; ni tú puedes seguirme por este camino ni yo tengo valor para desenterrar mis recuerdos.

Lucita. Sea como quieres.

Ramón. ¿Y tu padre?

Lucita. En su despacho de la Bolsa.

Ramón. Es fuerza que lo vea pronto; lo necesito.

Lucita. En todo caso,—sin que te ofendas—puedes contar conmigo en absoluto. Has de serme franco, porque no pretendo ¡Dios me libre! pagar tus piropos.

Ramón. Lo sé, Luz; á ese precio renunciaría aun al placer de tu conversación, que tanto bien me ha hecho desde mi llegada.

Guadalupe. Que llega por el foro, aparentemente tranquila, pero sofocada y nerviosa. Ya estoy aquí. A Lucita. Déjanos solos un momento.

Lucita. Aparte, saliendo. No han debido comprenderlo cuando hablan tan mal de él. A Ramón. Hasta luego, Váse foro derecha.

Ramón. Hasta luego, Luz.

Guadalupe. A Ramón, que se habrá puesto de pie. Siéntate; necesito que hablemos.

Ramón. También yo lo deseo; á eso he venido; y ahora, después del recibimiento que me habeis hecho, mi impaciencia por hablarte es mayor.

Guadalupe. No ha debido extrañarte el recibimiento, sabiendo que han llegado hasta nosotros las noticias de tus locuras.

Ramón. No hablemos de mis locuras, que esas á mí sólo toca pagarlas. ¡Y bien sabe Dios que ya llevo andada buena parte del camino!

Guadalupe. ¿Y vienes para que te ayudemos á andar la parte que te falta?

Ramón. Te equivocas, y lo siento; porque, á ese paso, no llevas trazas de entenderme.

Guadalupe. Si no te das más prisa en explicarte...

Ramón. No te sorprenda mi brusquedad; la rudeza de mi carácter hase agriado un tanto en el infortunio.

Guadalupe. Impacientándose. Bueno, ¿á qué vienes?

Ramón. Serenamente. A convencerme de vuestra ruindad.

Guadalupe. ¿Me insultas?

Ramón. Te contesto.

Guadalupe. Ahora sí que no llevas trazas de que nos entendamos.

Ramón. Pero acabaremos antes, y eso iremos ganando tú y yo.

Guadalupe. Si conocías mi ruindad, has hecho mal en venir. Debiste recurrir antes á los amigos.

Ramón. Y lo he hecho; pero, por lo que estais dispuestos á hacer los parientes, puedes calcular lo que habían de hacer los extraños. Y, á decir verdad, éstos se han portado mejor.

Guadalupe. No se conoce.

Ramón. Ofrecieron lo que su mezquindad les permitía ofrecer.

Guadalupe. No me explico entonces...

Ramón. Te lo explicarías, sabiendo que con los últimos restos de mi fortuna no he perdido ni un átomo de mi dignidad.

Guadalupe. ¿Puestos tan bajos te han ofrecido?

Ramón. Bajos y á bajo precio. Ha habido de todo.

Guadalupe. Explícate.

Ramón. Pepe Serna me ofreció un destino en Gobernación y me enseñó carta del Ministro manifestándole que se tomaba unos días para producir la vacante.

Guadalupe. ¿Y no quisiste esperar?

Ramón. No quise que, para colocarme á mí, dejaran en la calle á otro funcionario con más méritos que yo.

Guadalupe. Harán la vacante para colocar á otro.

Ramón. Después de un gesto de displicencia. No me importa.

Guadalupe. El Barón de Alcuéscar ¿no era amigo tuyo?

Ramón. Sí. Cuando le nombraron Gobernador civil, me ofreció un puesto en la policía.

Guadalupe. ¿Te parecería poco?

Ramón. Me pareció que, cumpliendo con mi deber, al día siguiente hubiera tenido que detener á mis compañeros de orgías, y no quise aceptar.

Guadalupe. Con ese criterio tuyo no van á ofrecerte nada que te convenga.

Ramón. Juanito Ordoñez quiso emplearme cuando se quedó con la contrata de unas casas de juego.

Guadalupe. El empleo no es para reventar.

Ramón. Ni tampoco para dignificarse. Yo, cuando he ido á una casa de juego, por *sport* ó por aburrimiento, ha sido con mi dinero siempre. En el perder ó en el ganar habrá habido—en mi caso—pretexto para la censura, quizá ocasión para el escándalo, pero nunca motivo de indignidad. Lo otro ... lo otro es muy distinto. El cargo de ejecutor asalariado de viciosos no se aviene con mi manera de ser; aun á los que se han criado en ese ambiente les repugna; fíjate sino en uno de ellos y llámalo por su nombre: GROUPIER, verás cómo se revuelve. Y es que hay palabras que sientan peor que un fustazo en la mejilla.

Guadalupe. Pues nada, hijo, á ver si te nombran Chantre de una Catedral.

Ramón. No quieras añadir á la ruindad el escarnio. Vosotros, los egoistas, teneis un razonar muy acomodaticio; hallais salida para todo menos para el dinero—y conste que no vengo á pedirte nada.—Si yo hubiese aceptado un puesto que en la altanería de vuestro rango hubiérais creído deshonroso, habríais dicho enfáticamente á los amigos: «no queremos ni hablar de mi hermano; ha perdido hasta el concepto de la dignidad; nosotros hemos roto con él todo género de relaciones.» Huyo, por mi propio decoro, de aceptar esa clase de empleos y te mofas de mi carácter; como si, al escapárseme la fortuna de entre las manos, hubiera debido arrojar la dignidad al arroyo. ¡Es muy sagaz la lógica del egoismo!

Guadalupe. No es eso.

Ramón. Sí es eso. Para vosotros la mejor solución suele ser la más radical. Si la cobardía me hubiese vencido y el cañón de un revólver hubiera escrito la última palabra de la historia de mis locuras. ¡¡Qué tranquilidad más grande la vuestra!!

Guadalupe. No hables disparates.

Ramón. No hablo yo; es el pensamiento de los egoistas que se transparenta en mis labios.

Guadalupe. ¡Loco!

Ramón. Sí, Guadalupe, sí. Si yo hubiera terminado de esa suerte ridícula, os habríais compugido delante de las gentes; habríais referido el suceso con voz llorosa de plañideras y hubiérais derramado unas lagrimitas, no en sufragio del suicida, sino en acción de gracias por veros libres de él.

Guadalupe. ¡¡Te digo que estás loco!!

Ramón. No dirá lo mismo tu tía Rosa, esa terrible sugestionadora de tu voluntad, que piensa que el di-

nero de una herencia puede imponer todo género de servidumbres.

Guadalupe. Levantándose y dando rienda suelta á su enojo. ¡Ramón! ¡Que estás en mi casa y no te tolero más!

Ramón. Levantándose, resuelto. Me marcho de tu casa para seguir pensando lo mismo.

Guadalupe. Entre pensativa y pesarosa. ¿Y... adonde vas?

Ramón. Cerca del foro. No te preocupes por mí ahora.

Guadalupe. Resuelta y apesadumbrada. ¿A donde vas? ¡Espera! ¡Ramón!

Ramón. Desde el forillo. Volveré para humillarte. Váse foro izquierda.

Guadalupe. ¡Espera! Adelantándose hasta el foro. ¡Espera! ¡Ramón! ¡¡Ramón!! Cae lentamente el telón, mientras se ve á doña Guadalupe que viene, contristada, desde el foro á salir por la puerta de la izquierda.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena representa un modesto cuarto—estudio de pintor en un quinto piso. A la izquierda, en primer término, puerta que da acceso á la escalera; enfrente, otra puerta que comunica con habitaciones interiores; á todo el ancho del foro, un juego de altas vidrieras por donde entra la luz á raudales. Hacia la parte derecha y en sentido oblícuo al proscenio, un caballete sosteniendo un lienzo grande, manchado en su parte baja y con varios bustos, dibujados unos y pintados otros, en la parte superior; delante del caballete, un asiento de madera y sobre él nna paleta y varios pinceles. Por el resto de la habitación, mesa, sillas, cuadros, manchas de color, apuntes, etc., etc. Es de día. Han transcurrido tres años desde el final del acto anterior.

Al levantarse el telón, llegan por la izquierda PORTERA y TERESA. Esta es doncella de compañía de Lucita y mujer como de cuarenta años. La Portera es mujer de alguna más edad, pero su presencia no desmentirá la fama de modelo que gozó en años que pasaron. Su malicia sanchopancesca subrayará frecuentemente sus palabras.

Portera. A Teresa, entrando. Aquí tiene usted el estudio del pintor.

Teresa. Jadeante. A la altura de las cigüeñas. Vengo sin aliento. Se sienta.

Portera. Y todavía hay quien cree que las porteras vivimos descansadas. Yo les daba esta penitencia á las que murmuran.

Teresa. ¿Con que este es el estudio del señorito D. Ramón?

Portera. Del señor Quijano; que es como aquí le conocemos.

Teresa. Para mí será siempre el señorito D. Ramón. Mirando con insistente curiosidad á todos lados. Es muy alegre el piso.

Portera. No le parecerá lo mismo al señor Quijano, que se pasa en él las horas y las horas trabajando y solo como la una. Es una casualidad que haya salido esta mañana.

Teresa. Con temor. ¿Vendrá pronto?

Portera. Todavía tardará. ¡Pero, por Dios, no me descubra!

Teresa. Pierda usted cuidado; nadie sabrá que he venido. Tampoco yo quiero que me vea. Ya conozco la habitación, que es el único encargo que traía.

Portera. Indicando la puerta de la derecha. Esa es la alcoba.

Teresa. De soltero ¿naturalmente?

Portera. Y tan soltero. Aquí no entran amigos ni amigas. El señor Pedrosa, un andaluz chanzonero que le vende los cuadros, y yo, que subo á arreglarle el cuarto.

Teresa. Modelos sí que vendrán?

Portera. Pero se marchan sin que él cambie con ellas la conversación. Y eso que algunas no son sacos de paja.

Teresa. ¡Sí que las habrá guapas!

Portera. No tanto como en mis tiempos, pero las hay. Y yo no he visto otro pintor como el señor Quijano; porque el que más y el que menos, después que terminan de pintar, tienen sus expansiones; pero este hombre, nunca. Yo creo que hasta las pinta sin mirarlas.

Teresa. ¡Cosa más rara...!

Portera. Para mí que el señor Quijano, á fuerza de correrla, ha llegado á tomarle asco á las mujeres.

Teresa. O bien puede ser que tenga puesta la vista en una y todas las demás le sean indiferentes.

Portera. Qué sé yo que le diga. A mí es cosa que me tiene intrigada. Pero, por Dios, no me descubra. Tengo encargo de no dejar subir á nadie que venga de parte de su familia. Como usted me asegura que su señorita no ha de decir nada...

Teresa. A nadie, ni á él mismo siquiera. Buena es para eso la señorita.

Portera. ¡Pobre señor Quijano! ¡Me da mucha lástima de él!

Teresa. Más le daría si le hubiera conocido como yo.

Portera. Conozco su historia.

Teresa. ¿Sí?

Portera. Me la contó él mismo un día que llegó de la calle más apenado que nunca. Con naturalidad y ligeramente impresionada. Cada vez que lo recuerdo se me saltan las lágrimas: «siéntese usted—me dijo—señalando esa silla. La mas próxima á la mesa. Hoy necesito desahogar y no tengo á mi lado ni parientes ni amigos; ¡nadie! ¡Todos son contra mí!» Soltó una exclamación como nunca se la había oído, y se dejó caer en el sillón.

Teresa. ¡Lástima de hombre!

Portera. Luego me lo refirió todo; la menor edad en casa de los parientes, las cuentas que le hicieron de la herencia de sus padres, su viaje á Andalucía, su vivir alocado y sin freno, el regreso á Madrid y la conjura de todos para alejarlo. Hay para escribir una novela.

Teresa. Sí, señora. Y eso que él no le habrá dicho toda la verdad, porque es más mirado que los otros. Cuando llegó á hombre el señorito, no quiso que le siguieran administrando sus bienes y esto disgustó á los tíos, que le hicieron las cuentas del Gran Capitán y lo dejaron que se marchase, aunque sin perderlo de vista. Él se vió solo, libre y joven; y no pensó más que en divertirse y en gastar sin reparar en que las rentas venían á menos; pero los tíos, en vez de aconsejarlo, le facilitaban dinero valiéndose de otras personas. ¡Porque las hay que se prestan á todo!

Portera. Sí que las hay.

Teresa. Cuando el dinero y los intereses llegaban al completo de una tierra, el prestamista apretaba y entonces se presentaban los tíos para comprarla; porque—decían ellos—que las fincas no debían salir de la familia. Y ésta porque fué de sus padres y aquélla porque perteneció á sus abuelos, hoy una y mañana otra, se fueron apoderando de todas. Y cuando lo vieron sin un real, lo recibieron poco menos que á tiros y le negaron hasta el agua.

Portera. ¡Habrá perros! Pero él se las ingenia para desesperación de su gente; y él pinta y él escribe y él hace á todo, porque es muy listo. Ahora tiene mucha ilusión con ese cuadro que está pintando. Señalando el lienzo que hay sobre el caballete.

Teresa. Levantándose. Desde que entré estoy con curiosidad por verlo. Así era de chiquitillo (marcando la altura de medio metro) el señorito D. Ramón y ya tenía afición á pintar.

Portera. Y, como ahora la necesidad le obliga... Dirigiéndose las dos hacia donde está el lienzo.

Teresa. Frente á él, con profundo asombro. ¡Qué miro!

¡Pero si yo conozco estas caras! ¡Ya lo creo! ¡Este... Indicándolo, este es D. Matías. ¡No me cabe duda!

Portera. Sorprendida y sin explicarse el asombro de Teresa. Pero ¿qué dice usted, criatura?

Teresa. Mírelo usted: D. Matías... ¡Viejo perro! Y esta la señorita Luz. ¡Si está hablando!

Portera. Aparte. ¡Esta mujer se ha vuelto loca!

Teresa. Sin quitar ojo del lienzo, como sugestionada. Son ellos, no me cabe duda. Y este pintado con rayas negras, el señorito D. Ramón. ¿No lo ve usted? Póngase aquí. Separa el caballete hasta que el lienzo queda dando frente á la puerta de entrada.

Portera. No lo mueva usted, criatura. Fijándose más. ¡Sí que es su mismo aire!

Teresa. Mismamente es él.

Portera. Entre extrañada y colérica. ¿Y con todo lo que le pasa, tiene todavía este hombre humor de pintar á su familia?

Teresa. Ellos mismos son. Indicándolos. La señorita Luz, D. Matías, la cara de D. Ramón, la de doña Guadalupe... Como si le hubiese asaltado repentinamente una idea. ¿Sabe usted lo que me recuerda este cuadro?

Portera. Vivamente nerviosa y con impaciencia. ¡Qué sé yo!

Teresa. El día que el señorito D. Ramón volvió á casa de mis amos. La pena que tengo es que aquel día quise no haberlo dejado entrar. ¡Quién sabe si hubiera sido mejor!

Portera. Visiblemente alarmada al sentir que se oyen pasos en la escalera. Calle; ¡alguien viene!

Teresa. ¡Por Dios, que no me vea!

Portera. Suba hasta la bohardilla y espere á que entren para bajar.

Teresa. Muy quedo. Hasta otro día. Saliendo. ¡Que no me vea!

Portera. Vaya con Dios, ¡y cuidado que no me descubra! Vase Teresa por la puerta de la izquierda. Eso me faltaba. Casi estoy arrepentida de haberla dejado subir... Para haber perdido media mañana... Daré un vistazo por la alcoba... Antes dejaré esto como estaba. Vuelve el caballete á su sitio. Vamos allá. Vase por la puerta de la derecha.

Pedrosa. Desde dentro. ¿Hay permiso? Mas alto. ¿Hay permiso? Asomando la cabeza por la puerta de la izquierda. Ya podía desgañitarme; no hay nadie. Entrando, á Luisito que sigue detrás. Pase osté, D. Luis, que no hay nadie. Pedrosa es un viejo corredor de cuadros, paisano de Murillo y muy conocido del pintor. Conserva en parte sus «hechuras» de andaluz neto y, en parte también, el acento de la tierra.

Luisito. Entrando. Desde el acto anterior sólo habrá variado el traje y la corbata. No es por nada, no crea usted; pero sentiría encontrarme con el pintor.

Pedrosa. ¿Pues no son ustedes amigos?

Luisito. Sí, señor, lo somos; mejor dicho, lo fuímos. Contando con que ese señor Quijano sea quien yo sospecho: Ramón Velarde; un calavera que derrochó su capital pensando en el de una sobrina guapa; uno de esos niños tontos que se arruinan para darse el gustazo de que lo mantengan los demás. Y, del mal el menos, que este ha parado en pinta-monas.

Pedrosa. Pare osté la jaca, amigo mío; el señor Quijano, como artista, es un artista; se lo dice á osté quien ha ganado mucho dinero con sus cuadros. Antes habrá sido lo que usted quiera, que eso yo no lo sé ni lo discuto; pero pintar, pinta como los ángeles. Se lo dice á osté quien ha conocío á muchos pintores.

Luisito. Displicentemente. ¡Pchs! No lo discuto; y le advierto que yo entiendo poco de pintura.

Pedrosa. No me extraña, no señor; los aficionados

á la pintura son tan contaos como los buenos aficionados á toros. Se lo dice á osté quien ha visto muchos cuadros y muchas corrías.

Luisito. No lo discuto.

Pedrosa. No lo discuta osté, que es la fija.

Luisito. ¿Y hay negocio? ¿Hay negocio?

Pedrosa. Calle osté, hombre; que esto que pasa es un dolor. Hoy nadie encarga una obra seria. O se ha acabado el gusto ó el dinero, ó las dos cosas á la vez. Y pá remate, la moda de esos cromos lavaos ha venío á estropearlo más.

Luisito. Los cromitos están de moda.

Pedrosa. Como que hay sala que parece una tienda é vinos. Le digo á osté que se necesita ser un Velázquez pá poder vivir de los pinceles.

Portera. Saliendo por la derecha. ¡Hola, señor Pedrosa, A Luisito. Buenos días.

Luisito. Buenos días.

Pedrosa. A Luisito. La portera.

Portera. ¿Buscan ustedes al señor Quijano?

Luisito. Sí, señora; pero nos da lo mismo.

Portera. Aparte. ¿De qué se habrá asustado este joven.

Pedrosa. El señor deseaba conocer el estudio.

Portera. Son ustedes muy dueños; el pintor no debe tardar.

Luisito. Aparte. Lo sentiría.

Pedrosa. Delante del caballete. A Luisito. Este es el lienzo que trae entre manos.

Luisito. Precisamente es el que más deseaba conocer. Lo contempla detenidamente.

Portera. Aparte á Pedrosa. ¿Viene este pollo á que lo pinten?

Pedrosa. Aparte á Portera. No haga osté chistes, señora. Es un pollo con mucha guita.

Portera. Pues que lo cuelguen. Hablan bajo.

Luisito. Aparte. Es lo que me faltaba que ver. ¡Vaya un valor de hombre! A no verlo, no lo creería. A Pedrosa. ¿Cuándo estará este cuadro?

Pedrosa. ¿Le gusta?

Luisito. ¡Pchs! No está mal.

Pedrosa. Indicando el busto de Lucita. Esa figura es soberbia.

Portera. Aparte. Pues, señor, no sé qué misterio tendrá el cuadrito.

Luisito. Regular. Avíseme cuando esté terminado el lienzo.

Pedrosa. Con mucho gusto. Aparte. Por aquí me parece que ha caído que hacer.

Portera. Aparte, contrariada. Parece que no hay en el estudio más lienzo que ese. Luisito continúa sin quitar ojo del cuadro.

Pedrosa. A Portera. ¿Decía osté algo?

Portera. Nada; que no son ustedes los únicos que se han fijado en esa obra.

Pedrosa. Como que hay que mirarla con lentes.

Luisito. ¡Pchs! No está mal.

Pedrosa. Aparte á Portera. Ya me está fastidiando este hombre. Remedándolo. ¡Pchs! No está mal. ¡Pchs! Regularcilla. ¡Pchs! No lo discuto. ¡Y ¡Pchs! y ¡Pchs! y Pchs! ¡Ni que tuviera un pelo agarrao á la lengua!

Portera. Para mi gusto hay en el estudio cosas mucho mejores. A Luisito. Mire usted esa gitana. Indicando uno de los lienzos colgados.

Luisito. ¡Soberbia mujer!

Pedrosa. A Portera. ¿Manolita?

Portera. La misma.

Pedrosa. A Luisito. La hija de la señora.

Portera. Para lo que usted guste mandar.

Luisito. Pues repito la exclamación.

Portera. Muchas gracias.

Pedrosa. De tal palo...

Portera. Esponjadísima. Señor Pedrosa, que no está usted para chicoleos.

Pedrosa. Todavía, todavía quedan restos.

Luisito. A Portera. ¿Según eso, tiene usted una hija modelo?

Portera. Modelo, no, señor; sino que el señor Quijano la ha pintado algunas veces. Bueno, la ha pintado en obras como esa; porque este pintor no es tampoco de los que pintan de todo; vamos... que pintan...

Luisito. Comprendido.

Pedrosa. El Sr. Quijano es un pintor serio; de los que ya van quedando pocos. Se lo dice á osté...

Portera. No siga, Pedrosa.

Luisito. Quien ha conocido muchos pintores sérios.

Pedrosa. Riéndose de peor gana que los dos. Bien está. La muletilla ha caído en gracia. A Luisito. Es un vicio, ¿sabe osté? Sólo que yo no me enfado.

Portera. Riéndose. Aquí los dejo; voy á la portería, que ya es hora de que Eugenio se dé una vuelta por la taberna.

Luisito. ¿Tienen ustedes taberna y portería?

Portera. Portería nada más. La taberna es una debilidad de mi marido.

Luisito. Ah, vamos; ¿le gusta...? Haciendo ademán de empinar el codo.

Pedrosa. Más que su mujer.

Portera. Se lo dice á osté quien se ha bebido muchos chatos á su salud. Váse por la izquierda, riéndose.

Pedrosa. Nada, que la muletilla ha hecho fortuna.

Luisito. Ha tenido gracia la portera. Pedrosa hace un gesto de cómica resignación. Volviendo á lo nuestro; necesito que me avise cuando esté acabado ese lienzo, si es que el pintor se decide á venderlo.

Pedrosa. ¿Qué ha de hacer más que venderlo?

Luisito. Como esa figura le ha salido regular...

Pedrosa. Pues lo que sale bien es lo que se vende. Además, que si los pintores fueran á conservar todo lo que hacen, necesitaría cada uno un Museo del Prado. Sobre que también necesitan *abiyelar* pá vivir.

Luisito. ¿Quedamos en lo dicho?

Pedrosa. Quedamos en que yo le avisaré. Aparte. Nada, que por aquí ha caído un negocillo.

Luisito. A menos que quiera cobrar un disparate por el cuadro.

Pedrosa. El señor Quijano no está todavía en el caso de cobrar un capital por un lienzo. Y, sobre todo, que la cosa corre de mi cuenta.

En este momento llega de la calle RAMÓN. Viste con natural elegancia pero sin lujo y sin afectación. Habla con entereza y con absoluto dominio sobre sus nervios. Un ligero tinte de melancolía da mayor interés á su semblante de hombre inteligente y bondadoso. Repónese momentáneamente de la extrañeza que le produce la presencia de Luisito en el estudio.

Ramón. Entrando. ¡Hola, señor Pedrosa! Hace como si no viera á Luisito.

Pedrosa. Venga osté con Dios.

Luisito. Contrariado y confuso. ¡Hola, Ramón!

Ramón. ¿Tú aquí, Luisito?

Luisito. Te sorprende, ¿verdad?

Ramón. Mucho. Todo podía pensarlo menos encontrarte en mi estudio.

Luisito. Si estorbo...

Ramón. Te lo hubiera dicho sin rodeos. Desprecio esos convencionalismos sociales. Pero poco puede estorbarnos una persona cuya presencia nos es del todo indiferente.

Pedrosa. Aparte. Buenas despachaderas trae hoy el pintor.

Luisito. Todo turbado. Gracias.

Ramón. Lo dicho aparte, celebro la oportunidad de tu visita. Yo no me hubiera tomado la molestia de buscarte y no estará demás que hablemos unos momentos. No te turbes ni te intranquilices, porque hemos de hablar muy serenamente, sin alterarnos; al menos por mi parte.

Luisito. Repara que me ofendes en tu casa.

Ramón. Repito que desprecio esos convencionalismos sociales; pero si piensas que pudiera prevalerme de la ridícula inmunidad que á los cobardes presta el propio domicilio, hazte cuenta que hablamos al aire libre, en cualquier sitio.

Luisito. ¿Qué te propones?

Ramón. Espera un poco. Amigo Pedrosa:

Pedrosa. ¿Qué desea osté?

Ramón. Hágame el favor de decir al presidente de «El club de los solteros» que acepto sus proposiciones para pintar el cuadro que me encargó, y que me espere.

Pedrosa. Está bien.

Ramón. Y de paso diga usted á la portera que suba de aquí á un ratito.

Pedrosa. ¿Desea osté algo más?

Ramón. Nada más. Gracias.

Pedrosa. Voy en un vuelo. Hasta después.

Va á marchar.

Luisito. Espere, que yo también me marcho.

Ramón. Hemos de hablar un instante.

Pedrosa. Vaya, hasta luego. Aparte, saliendo. Me parece que se pone feo el negocillo del cuadro. Desaparece por la izquierda.

Luisito. ¿Serás breve?

Ramón. Muy breve. Para decir unas cuantas verdades no se precisan ni mucho tiempo ni muchas palabras.

Luisito. Habla, pues.

Ramón. Prescindo de preguntarte el móvil de tu venida al estudio, porque supongo que no te guió ningún buen propósito.

Luisito. Interrumpiendo. Tenía deseos de conocer tus obras; sabía que no estabas y me valí de ese corredor de cuadros para que me introdujese aquí. Ya ves cómo eres mal pensado.

Ramón. Desearía creerte. Llevo mucho tiempo sin descubrir más que malquerencias y ruindades.

Luisito. ¿Vuelves al insulto?

Ramón. Continúo con mis sinceridades. Aunque voluntariamente alejado de vosotros, no he logrado verme libre de vuestras conjuras.

Luisito. Entre amenazador y suplicante. ¡Ramón . . . !

Ramón. Déjame hablar, que la acción y la lengua tienes libres para contestar como mejor te cuadre.

Luisito. Los triunfos te han ensoberbecido.

Ramón. Mis triunfos no han hecho sino devolverme la independencia de mi carácter y ponerme á cubierto de vuestras maquinaciones.

Luisito. ¿Qué dices?

Ramón. Lo que tú sabes y yo también. No disimules, porque no podemos engañarnos. Recuerda que el egoismo de mis tíos se valió de tí como de instrumento para hostilizarme. Ellos y tú pensásteis que, al volver aquí, sería para vivir á vuestra costa, y ellos y tú tratásteis de condenarme á la oscuridad. Vuestro proceder tendría disculpa si, para tratar de cerrarme todas las puertas, no hubiéseis recurrido á la infamia de rebajarme en el concepto público.

Luisito. Es que...

Ramón. Por suerte mía, fracasaron vuestros intentos; y ahora que sospechais á través de la firma de Quijano la reputación artística de Ramón Velarde, dirigís los tiros hacia otro lado. Ya no temeis por vuestros bolsillos, pero tratais de escudaros contra el ridículo, inventando para ello mil supercherías: que los cuadros no son míos; que trato de hacer valer en mi provecho el rango de mi gente; que mi vida es una comedia cuyo final habeis creído ver en mi casamiento con una joven rica, hermosa y buena; y que mi reputación no es más que una jugada de Bolsa, ó dicho con más claridad, una ganzúa con la que pretendo forzar la gaveta de los egoistas que me condenaron al ostracismo. Todo esto habeis dicho y pensado; justo es que yo os arroje todas esas miserias al rostro.

Luisito. ¿Y á mí me lo dices?

Ramón. A tí, sí; tú ahora puedes, ejerciendo la tercería que hasta aquí, compartir el agravio con tus colaboradores.

Luisito. ¡Ramón...!

Ramón. Reservándote por de contado la mayor parte, como amigo y como aspirante á la mano de Luz.

Luisito. ¡Ramón...!

Ramón. ¡Luis...!

Luisito. Tu vanidad no reconoce límites.

Ramón. Los de la verdad y la decencia.

Luisito. Tomo nota de tus palabras.

Ramón. Haces bien. Y puedes también tomar nota de lo que voy á decirte: de todas vuestras suposiciones acaso alguna pudiera tener confirmación.

Luisito. Con sorna. ¿La de la boda?

Ramón. Acertaste. Y, para que veas hasta qué punto soy justo, reconozco que, si por suerte mía, se me deparase tan grande felicidad, os la debería en buena parte á vosotros, que con vuestros manejos vais camino de conseguir que se convierta en amor el afecto que profeso á mi sobrina.

Luisito. La salida no es muy airosa.

Ramón. Mira bien lo que dices, porque tampoco para tolerar tus ofensas tendré en cuenta que estamos en mi casa.

Luisito. Estás inaguantable.

Ramón. Estoy en mi derecho; como vosotros estais en vuestro papel propalando tantas supercherías. Ahora direis que me separan de Luz la edad y el parentesco; como si el verdadero amor reconociera esos escrúpulos. O direis que la ofrezco los resíduos de una juventud disipada, como si estos restos de juventud no valieran por todas vuestras vidas estériles, y la modesta aureola de mi nombre por todo el falso esplendor de vuestras grandezas.

Luisito. ¿Eso es todo lo que tenías que decirme?

Ramón. Eso y rogarte que no cejes en tus manejos hasta que llegue el éxito definitivo.

Luisito. ¿Aún ambicionas más?

Ramón. Yo no; sois vosotros los que os afanais por agrandar mi triunfo.

Luisito. Adiós, Ramón, y teme por la caída.

Ramón. Gracias... por tus buenos oficios.

Luisito. Saliendo. ¡¡Quijote!!

Ramón. Viéndolo marchar. ¡¡Imbécil!! Pausa. No sé por qué se interpone este necio otra vez en mi camino. Su presencia ha removido en mi alma la levadura de los odios. Vistiéndose la blusa de trabajo. ¡Mala preparación para el trabajo! Mirando á las figuras del lienzo. A la vista de la realidad palidece la pintura de mis egoistas. Empieza á dar pinceladas en el lienzo.

Portera. Dentro. Muchas gracias. Vaya usted con Dios.

Ramón. ¡Otra que tal! ¿Qué traerá ahora la portera?

Portera. Entrando. ¿Qué desea usted?

Ramón. Malhumorado y sin atenderla. Nada.

Portera. Como me dijo el señor Pedrosa que subiera...

Ramón. Es verdad; no me acordaba. Necesito que avise usted á una modelo.

Portera. Más contrariada que pensativa. Usted me dirá cual.

Ramón. Una cualquiera, que sirva para pintar una belleza.

Portera. ¿La *Trini*...? está muy fondona.

Ramón. Pues otra; búsquela usted.

Portera. ¿Rosaura...? está algo estropeadilla.

Ramón. Tampoco sirve.

Portera. Desde los amoríos con el pintorcito de la Plazuela del Angel, no se la puede mirar á la cara.

Ramón. No sirve y nada más. No se meta usted en dibujos.

Portera. Bien demás está. Allá ellas. Pero da lacha lo que ocurre con estas muchachas, se estropean de seguida. En mis tiempos no había esta poca vergüenza.

Ramón. Que hace esfuerzos para recordar de alguna, sin prestar atención á las consideraciones de la Portera. La *Viuda-Virgen* ¿no podría venir?

Portera. ¿Y vá usted á llamarla con lo alto que tiene los puntos?

Ramón. Eso sería lo de menos si quisiera venir; la obra da para esos lujos.

Portera. Pero me duele que pague usted gana y voluntad.

Ramón. Bueno; hay que ver á quién recurrimos.

Portera. Está el gremio, que no hay más que vejestorios.

Ramón. Usted la busca y déjeme en paz; que no tengo ganas de perder el tiempo.

Portera. Con marcado recelo. ¿No le serviría mi Manolita?

Ramón. Para esta obra no.

Portera. ¿No dice usted que se trata de pintar una belleza?

Ramón. Pero tengo que hacer algo alegrito; se trata de un lienzo para una sociedad de gente joven.

Portera. ¿Si no es cosa muy exagerada...? Yo aquí no tengo reparo en que venga; como en este estudio no entran curiosos y usted es tan mirado con las modelos...

Ramón. Pero, de todos modos, Manolita...

Portera. Tendrá que irse acostumbrando; las co-

sas están muy malas; y siendo para aquí, no me da cuidado.

Ramón. Si usted se empeña, saldremos así del apuro.

Portera. Toda gozosa. ¡Y que va usted á pintar una belleza de una vez!

Ramón. Tendremos que empezar hoy mismo.

Portera. Voy á decírselo y subirá en cuanto usted la llame.

Ramón. Bueno, mujer, bueno; ya le avisaré.

Portera. ¿Desea usted alguna otra cosa?

Ramón. Nada más; y muy agradecido.

Portera. Por nada. Lo que usted quiera. Hasta después.

Ramón. Hasta luego. Vaya usted con Dios.

Portera. Aparte, saliendo. Yo podía estar en el pellejo de mi hija; que este no se me escapaba. Váse por la izquierda.

Ramón. Reposadamente mientras se dispone á reanudar de nuevo el trabajo. Está visto que hoy no me dejan trabajar. Me produce malestar la charla de estas gentes. ¿Será desgracia mía vivir entre ellos ó será que el mundo entero está lleno de egoistas? Cogiendo la paleta en la mano izquierda y un pincel en la derecha, apostrofándolos. Si me fuera posible, con vuestra ayuda, crear otro mundo y otros seres, ¡qué gran servicio haríamos á la posteridad! Pero ¿qué pienso? ¡Hablo así en presencia de un lienzo cuya idea brotara de un sedimento de rencores! ¿Acaso yo mismo no soy, pese á mí, un egoista más y tal vez de peor condición que los otros? Suelta paleta y pinceles, desalentado. Está visto; hoy no podré hacer nada de provecho. Quédase unos momentos examinando el cuadro.

Lucita. Desde la puerta. ¿Se puede?

Ramón. Maquinalmente y sin volver la cara. Adelante.

Lucita. Entrando. ¿Vive aquí el pintor Quijano?

Ramón. Saliéndole rápidamente al encuentro con no disimulada alegría. ¡Luz!

Lucita. ¡Ramón!

Ramón. ¿Tú aquí? ¿A qué vienes? ¿Cómo has sabido...?

Lucita. Con dulce y delicada ironía de la que hará gala en varios pasajes de esta escena. El genio no puede estar oculto.

Ramón. No te burles, que me haces mucho daño.

Lucita. A tí, en cambio, no te preocupa el que causas ni á quién.

Ramón. Perdóname, Luz, y siéntate.

Lucita. Tendrás que hacer y no quiero distraerte.

Ramón. También necesito descansar; siéntate, Luz. En tres años de destierro eres tú el único oasis que se me ofrece en el desierto de mi vida. Siéntate, Luz, y hablemos.

Lucita. Sea como quieres.

Ramón. Desde aquel día...

Lucita. Interrumpiendo. No lo recuerdes; habla.

Ramón. Desde nuestra última entrevista, mi vida ha sido un calvario, cuyo término todavía no adivino. He trabajado y he sufrido mucho. Estas canas prematuras te lo dicen claramente. Ya ves si tengo bien merecidos estos momentos de felicidad á tu lado.

Lucita. Y, sin embargo, has podido desfallecer en mitad del desierto, si el oasis no se te entra por las puertas.

Ramón. Mi alma descansó en él.

Lucita. Si te pones romántico, me marcho.

Ramón. No saldrás de aquí sin que me haya sincerado por mi conducta, ya que eres la única persona

á quien debo esta explicación, y acaso la única digna de oirla y la única capaz de estimarla.

Lucita. Ten en cuenta que tampoco la lisonja me seduce. Se conoce que en el desierto de que antes hablabas no has tropezado con ninguna mujer á la que dedicar tus piropos, y quieres derrocharlos ahora conmigo. No te impacientes, hombre; que pronto volverás de lleno otra vez al mundo y tendrás mil ocasiones y pretextos para tus galanterías.

Ramón. No te burles; te lo ruego. Se conoce que hoy has querido pasar el rato conmigo.

Lucita. Salí de casa con Teresa á visitar á uno de mis pobres; había averiguado, después de mucho indagar, tu nuevo domicilio, y me dije: pobre por pobre, quizá Ramón esté más necesitado de mi limosna; y entré á socorrerte con un poco de alegría.

Ramón. ¡Y lo acertaste!

Lucita. ¡Ya ves cuán distinto era mi pensamiento!

Ramón. Dios te lo pague.

Lucita. Y á tí no te tome en cuenta tu alejamiento y tu desvío.

Ramón. Después de aquella entrevista, cuyo recuerdo todavía me subleva, comprendí que se imponía un cambio radical en mi conducta. Al desvío de los parientes debía seguir el de los amigos, y contra éste quise prevenirme. Pasados los primeros instantes de desfallecimiento, se operó en mi ánimo una saludable reacción. Es necesario trabajar—me dije—y me sentí con alientos para la lucha. Recordé mis éxitos de aficionado en aquellos días felices, cuyas horas entretenía pintando pájaros y flores, y resolví agarrarme á los pinceles para proporcionarme medios de subsistencia. Si en mi juventud hubiera cultivado otros de-

portes, habría terminado en corsario, en cochero de punto... ¡quién sabe! ¡Ahora bendigo aquella afición que me ha evitado caer tan bajo!

Lucita. Es noble ocupación la tuya.

Ramón. Sin embargo, para que los necios no pudieran hacer armas contra los míos al verme convertido en un profesional de la pintura, resolví aislarme en absoluto y determiné dar los cuadros al mercado con firma supuesta. Esto ofrecía además la novedad del misterio; por desgracia, en nuestro país se cotiza todavía el anónimo.

Lucita. ¿Y te llamaste Quijano?

Ramón. Profanando el patronímico del hidalgo manchego.

Lucita. No veo la profanación, pero sí observo una coincidencia.

Ramón. ¿Cual?

Lucita. Que el insigne loco dejó de apellidarse Quijano para titularse Quijote, y tú, sin duda para tener eso más de Quijote, has querido llamarte Quijano.

Ramón. No está mal la observación; pero advierte que nuestro héroe manchego cambió de nombre cuando el afán de correr aventuras le sacó el cerebro y yo, cuando después de mis correrías, recobré al cabo la razón.

Lucita. Eso es cierto; como también que el pseudónimo ha hecho fortuna.

Ramón. Aunque no tanta como pregonan los ignorantes. Sobre que, apremiado por la necesidad y explotado por los logreros intermediarios, he producido con escaso rendimiento para mi peculio.

Lucita. Pero has impuesto la firma, y esto es un capital colocado á interés crecido.

Ramón. ¡Buena falta me hace!

Lucita. Y... ¿piensas seguir pintando?

Ramón. Con más afán que nunca.

Lucita. ¿Aunque se deshiciese el incógnito?

Ramón. Aunque tuviese que acreditar una firma nueva.

Lucita. No veo la necesidad.

Ramón. ¿Que no, dices?

Lucita. Que no; óyeme: en el tiempo que has vivido luchando en la oscuridad y cultivando una afición en la que te has creado un nombre, has purgado las ligerezas de tu juventud y has dado un mentís á los que te creyeron un degenerado.

Ramón. Pero falta, para que la obra sea completa, restaurar mi hacienda.

Lucita. En eso es en lo que disentimos, y á eso venía precisamente.

Ramón. ¿Qué te propones?

Lucita. Que vuelva á ser la pintura para tí lo que antes ha sido: una distracción y no un medio de vida.

Ramón. Con extrañeza y ansiedad. ¿Cómo? ¿Acaso, Luz...?

Lucita. No seas vanidoso. Recuerda que, al entrar, te hablé de una limosna de alegría; de alegría ¿sabes? Para otra cosa no hubiera venido aquí, saltando por todas las conveniencias sociales.

Ramón. ¡Perdóname! ¿Qué has pensado?

Lucita. Hacerme también egoista.

Ramón. No me reproches, habla.

Lucita. Si alguien que hubiera adquirido por medios menos lícitos parte de tu herencia tratase de devolvértela, ¿lo aceptarías?

Ramón. ¿A modo de limosna?

Lucita. Como restitución legítima.

Ramón. No sé. Viniendo de ellos, nunca.

Lucita. ¿Y viniendo de otra persona; de mí, por ejemplo?

Ramón. Viniendo de tí... ¡tampoco!

Lucita. Levantándose, resuelta. Te reconozco en tu altivez. Pues esa es la limosna de alegría de que hablé hace un instante. He logrado averiguar que, para aumentar mi capital, la avaricia de los tíos se cebó en tu hacienda, y he querido ofrecerte la restitución, pensando que la esperanza de ella te prestaría nuevos alientos para la lucha.

Ramón. Alientos ya me infundió bastantes tu presencia. ¡Qué buena eres, Luz!

Lucita. Ni buena ni mala, como soy. Adiós. En actitud de marcharse.

Ramón. ¿Te vas? Aparte. Se marcha cuando me humilla.

Lucita. Ya es hora. Aparte. ¿Será verdad que me ama? Pausa breve.

Ramón. ¿Y así te marchas?

Lucita. He cumplido la misión que me trajo á tu estudio.

Ramón. ¿Sin reparar en mis obras?

Lucita. Tienes razón. Habló ya la vanidad del artista. Dispénsame. Displicente. ¿Qué cuadro pintas ahora?

Ramón. Indicando el lienzo que hay sobre el caballete. Este. Cuando entraste trabajaba en él.

Lucita. Ahora lamento más haberte entretenido.

Ramón. No te he dado motivo para que me mortifiques. ¿Te gusta?

Lucita. Sí. ¿Cómo lo titulas?

Ramón. Los egoistas.

Lucita. Debí adivinarlo, al verme retratada en él.

Ramón. Tú estás, precisamente, para producir el contraste. Repara que también yo estoy.

Lucita. ¿Te has valido de algún retrato?

Ramón. Para pintarte á tí no lo necesito.

Lucita. ¿Me llevas en la imaginación?

Ramón. En la imaginación... y...

Lucita. Interrumpiendo. Para pintarme, basta con que me lleves en la imaginación.

Ramón. Bueno, pero ¿te agrada?

Lucita. Sí; resultas tú más egoista que todos, porque sacrificas á tu vanidad y á tu egoismo el buen concepto de los demás.

Ramón. ¿Sí? Pues espera. Va hácia donde está el lienzo, como para borrarlo.

Lucita. ¿Qué vas á hacer?

Ramón. Borrarlo de un brochazo.

Lucita. ¿Estás loco?

Ramón. Quizá. ¿Qué quieres entonces?

Lucita. Yo... nada; marcharme. No sé por qué has de tomar en cuenta mis juicios.

Ramón. Tampoco yo lo sé; pero es lo cierto que á ellos me atengo como á leyes de mi voluntad.

Lucita. Serenamente, con aire de triunfo. Adios, Ramón. Váse por la izquierda.

Ramón. Adios... Como queriendo romper en un piropo. Adios... ¡¡LUZ!! Lucita hace mutis por la izquierda. Cuando ha desaparecido de escena, Ramón desde la puerta la despide con la mano, mientras dice apasionadamente: ¡¡Adios!! Vuelve Ramón al centro de la escena, dando ancha expansión á su regocijo y despojándose de la blusa de trabajo. A ser otra la situación, nuestro hombre bailaría de gozo. Decididamente hoy no puedo trabajar; no quiero tampoco; ¡no debo! Hay que santificar esta fiesta

de mi alegría. Haré la visita que anuncié por Pedrosa y luego... á pasear en triunfo mi felicidad por esas calles. No me sería posible dar paletada en mi obra. Apostrofando á las figuras del lienzo. Hoy os dejo descansar, míseros egoistas; no quiero daros el gustazo de que amargueis mi contento. Súbitamente resuelto, después de mojar bien una brocha de encolar. Por más que no; no volvereis á amargármelo. Dando fuertes brochazos en diferentes sitios del lienzo ¡A impulso del despecho os animé y la ola fuerte de mi felicidad os barre! ¡Así! ¡Fuera egoistas! ¡Vive tú, Luz, sola tú, bella y triunfadora, alumbrando este cementerio de conciencias! Después, gozándose en su obra. ¡Vámonos! Suelta la blusa que habría cogido con la mano izquierda para resguardarse la parte delantera del traje, y baja al proscenio, llevando el sombrero en la mano derecha y exclamando: ¡Ahora sí, ahora sí que mi alegría es completa! Se cubre y desaparece, con continente serenamente altivo, por la puerta de la izquierda, mientras ha ido cayendo el telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero, con alguna ligera variación. Han pasado unos meses desde el final del acto anterior.

Al levantarse el telón, DON LUCAS, de pie junto á una mesilla, hojea unos papeles.

Lucita. Llegando por el foro derecha. ¿Papá...?

Lucas. ¿Qué traes? Van á echarte de menos los invitados.

Lucita. Se han marchado todos; sólo quedan los tíos y Luisito, que son de confianza.

Lucas. De excesiva confianza; sobre todo Luisito. No sé cómo pueden aguantarlo los tíos. A mí me resulta insoportable.

Lucita. A tí y á todos. Lo dejé jugando con tía Rosa la partida de ajedrez. Tío Matías charla con mamá.

Lucas. La eterna charla, despellejando á Ramón seguramente.

Lucita. A tí también te molesta; ¿verdad? Ya es tiempo de que lo dejaran tranquilo. Maldito si él se preocupa de los tíos para nada.

Lucas. Es una obsesión incurable. En cambio Ramón ha curado de sus locuras. Está desconocido por completo.

Lucita. Es muy cierto. Y, á propósito, de él quería hablarte.

Lucas. ¿De Ramón?

Lucita. Sí; lo he invitado á que tome una copa y un dulce con nosotros. Vendrá cuando se hayan marchado los tíos—contando, por supuesto, con que tú quieras—. Alguna vez había de volver á esta casa y ningún día mejor que el de mi cumpleaños.

Lucas. Con irresolución. Por mí...

Lucita. ¡Qué bueno eres, papá! Ramón tampoco es malo; y me da mucha pena que lo tengais acorralado como una fiera dañina, alejado como un leproso. ¡Qué alegría más grande si consigo que hagais las paces! Los tíos ya se ablandarán con el tiempo.

Lucas. Muy doloridos están. No sé qué nueva infamia habrá ideado Luisito.

Lucita. Yo tampoco lo sé; pero no parece sino que goza amargando la vida de los tíos. Ellos no extremarían su rigor, si no diesen oídos á ese majadero.

Lucas. No sabes cuánto me agrada oirte hablar así; me había parecido notar en él...

Lucita. Vive tranquilo respecto á ese particular, y dime si apruebas el paso que me he permitido dar sin consultarte.

Lucas. Has elegido un día en que no debo negarte nada.

Lucita. Extremando las caricias. ¡Qué bueno eres, papaito!

Lucas. Antes que te confíes: ¿Has contado con tu madre?

Lucita. Con tu ayuda y con mis caricias lograremos convencerla.

Lucas. Ya pides algo más; pero lo haré en tu obsequio. Yo nunca tuve malquerencia á Ramón; cuando vino, hasta le ofrecí mi apoyo.

Lucita. Y lo rehusó; lo sé.

Lucas. Es muy altivo.

Lucita. Tiene la altivez del verdadero mérito. Además, en aquella ocasión acababa de recibir el desaire de los tíos y llevaba abierta la herida.

Lucas. ¿Observo que demuestras mucho interés por el... leproso!

Lucita. Es que resalta mi interés en la atmósfera de hostilidad que respiramos. Acaso también el desvío general haya abierto más mi corazón á su afecto.

Lucas. Bien pudiera ser que vuestras almas se hayan encontrado volando hácia el ideal sin el lastre de estos bajos egoismos.

Lucita. ¡Egoismos dices! ¿Acaso habrá quien esté libre de ellos!

Teresa. Llegando por el foro izquierda. Al ver á D. Lucas, se arrepiente de haber entrado y hace intencíón de retirarse en el preciso momento en que advierte que han reparado en ella. ¡Señorita Luz!

Lucita. ¿Qué quieres?

Lucas. Que te habrán echado de menos los invitados.

Teresa. Ahora están muy distraídos.

Lucita. ¿Qué quieres entonces?

Teresa. Resolviéndose á no mentir. Pedrosa, el corredor de cuadros...

Lucita. Dile que pase.

Teresa. Trae un lienzo grande, enrollado.

Lucita. ¿Para mí?

Teresa. Sí, señora.

Lucita. Pues recógelo y que pase. Desaparece Teresa por donde llegó.

Lucas. Grandemente sorprendido. ¿Quién es?

Lucita. Un andaluz chanzonero que le vende los cuadros á Ramón.

Lucas. ¿Y á qué viene? ¿Qué lienzo es ese?

Lucita. Ahora lo sabremos.

Lucas. Desde que llegaste me tienes intrigado. Nunca has tenido secretos para tu padre.

Lucita. Ni ahora tampoco. Ten un poco de paciencia, papaito.

Pedrosa. Desde el foro. ¿Hay permiso?

Lucita. Pase usted, Pedrosa.

Pedrosa. Entrando. Buenas tardes.

Lucas. Secamente. Buenas tardes.

Lucita. Venga usted con Dios. Indicando á D. Lucas. Mi padre.

Pedrosa. Por muchos años.

Lucas. Muchas gracias.

Lucita. ¿Qué trae de bueno por aquí?

Pedrosa. Un lienzo del señor Quijano; sólo que este es de regalo.

Lucita. Muchas gracias.

Pedrosa. Y que bien puede osté dárselas. Es lo mejor que ha salío de manos del pintor. Vale ese lienzo por todos los que osté le ha comprao. Se lo dice á osté un modelo viejo. D. Lucas hace un gesto de extrañeza, que Lucita y Pedrosa advierten. Aparte. ¿Si habré dicho alguna tontería?

Lucas. Aparte. No entiendo palabra. A Lucita. ¿Qué misterio es este?

Lucita. Ninguno, papá.

Pedrosa. Aquí, la señorita, que debe tené un corazón de oro y ha sío la providencia del pintor. Baste decirle á osté que ha colocao más cuadros que yo mismo, con vivir de la venta de ellos.

Lucas. Aparte. Sigo sin entenderlo.

Lucita. No vale la pena. ¿Y qué cuadro es el que ha traído?

Pedrosa. Uno grande en el que está osté... iba á decí que mejor, pero eso no es posible; tan guapa como osté es.

Lucita. Gracias por el piropo.

Pedrosa. Las gracias á Dios que la ha hecho tan hermosa y á él, que se ha acercao mucho á Dios pa pintarla.

Lucita. Papá, convida á Pedrosa.

Lucas. Entregándole unas monedas. Tome usted.

Pedrosa. Salud para ser rumboso muchos años. A Lucita. Osté me dirá cuándo quiere que venga á armar el cuadro.

Lucita. Yo le avisaré.

Pedrosa. Pues, si no mandan alguna cosa...

Lucas. Vaya usted con Dios.

Lucita. Adiós, Pedrosa.

Pedrosa. Buenas tardes. Vase foro izquierda.

Lucas. Después de una pausa que dura hasta que Pedrosa ha desaparecido de escena. ¿Quiéres hacerme el favor de explicarme todo esto?

Lucita. Con cariñosa naturalidad. Perdóname, papá, este pequeño secreto, único que he tenido para tí.

Lucas. Con curiosidad y predisponiéndose á la indulgencia. Habla.

Lucita. Desde el primer momento me creí en el deber de ayudar á Ramón de alguna manera; y, como

hubiera sido inútil acercarse á él con tal propósito, me ingenié de esta suerte á fin de favorecerle cuanto he podido. Fué precisamente en una fiesta de caridad donde me tropecé la primera vez con Pedrosa y adquirí los dos primeros cuadros de Ramón, que regalé para la tómbola. Luego adquirí otros, siempre á hurtadillas y siempre para regalarlos. La presencia aquí de uno de esos lienzos me habría delatado á vuestros ojos.

Lucas. En tono como de censura y perdón. No está mal.

Lucita. En las reuniones de mis amigas más discretas hice repetidas veces el elogio del pintor, prevalida del buen concepto en que me tienen como persona de gusto—dicho sea sin jactancia—; y así un día y otro día, he creído contribuir á adelantar su triunfo y á robustecer su fama.

Lucas. ¿Y él vivirá ignorante de tu obra?

Lucita. Tan ignorante como los tíos. ¡Si supiera tía Rosa que muchos de sus regalos han ido por este medio á parar á manos del pintor!

Lucas. Que no lo sepa. Quizás no te lo perdonaría.

Lucita. Otras veces he mandado insertar artículos y gacetillas en los periódicos. La prensa es un factor esencialísimo, y en un artículo bien pagado caben muchos elogios.

Lucas. No te juzgué tan avisada.

Lucita. Con todo ello he creído hacer una buena obra. Ramón hubiera al fin triunfado por la noble sinceridad de su arte; pero siento la vanidad de haber anticipado su triunfo.

Lucas. Has hecho más que ayudar á Ramón. Has podido comprometer tu seriedad y la nuestra.

Lucita. Lo sé. La maledicencia ha podido fanta-

sear en torno de mi conducta; pero ya nada tenemos que temer. Esto lo sabemos tú y yo, y nadie más tiene por qué saberlo.

Lucas. Pero ese cuadro...

Lucita. Yo lo ocultaré; no te preocupes. Y que va á ser ahora mismo. Se dispone á marchar. De aquí hasta el final de la escena estará de pie y con visible deseo de salir.

Lucas. Ya estoy pesaroso de lo que te ofrecí. Tengo miedo á la cólera de los tíos.

Lucita. Yo no. En último caso el cariño que me tienen triunfará sobre sus egoismos y sus rencores.

Lucas. ¡Dios lo haga!

Lucita. Besando cariñosamente á su padre. Hasta luego, papá. No sabes lo contenta que estoy.

Lucas. Dichosa tú, hija mía. Adios. Váse Lucita por la puerta de la derecha. Hay en todo esto algo que no acierto á comprender; ese vivo deseo de Luz... ese interés... ¿No será más que un impulso generoso? ¿Será verdad que la hostilidad ambiente ha abierto más su alma al afecto de Ramón? Pausa. Luego empieza á recogér los papeles con ánimo de desentenderse de ellos, embargado por la preocupación de las anteriores confidencias.

Rosa. Que llega por la puerta de la izquierda acompañada de Luisito, con el que habla como en aparte hacia el foro, antes de acercarse los dos al proscenio, donde D. Lucas continúa entretenido en la recogida y ordenamiento de sus papeles. No sea usted impaciente y dé tiempo al tiempo. Lucita debe haber reparado en las atenciones con que usted la distingue y acabará por corresponder á ellas. Mi sobrina Guadalupe sabe ya que es usted mi candidato para la mano de su hija. No creo que pueda hacerse más en obsequio de un tan temible rival de ajedrez.

Luisito. Usted es mi providencia y le estoy agra-

decidísimo; pero me afirmo en mi sospecha de que Luz y Ramón se aman.

Rosa. No diga usted desatinos. Sería lo último que me faltara que ver.

Lucas. Fijándose en los aparecidos. Tienen ustedes que perdonarme. ¡Estos negocios ...! Deseguida soy con ustedes.

Rosa. Descansa unas horas, hombre.

Luisito. No hay negocio que valga esa esclavitud.

D. Lucas sigue prestando atención á lo que trae entre manos.

Rosa. Rosa á Luisito. No sea usted insincero.

Luisito. Aparte á doña Rosa. Hablaba de negocios bursátiles.

Rosa. Id. á Luisito. Hay casamientos que son también operaciones de Bolsa—y conste que no lo digo por usted.

Luisito. Id. á doña Rosa. ¡Doña Rosa, por Dios! ¿Quién piensa en el dinero estando de por medio el amor? Aparte. ¿Se habrá escamado?

Rosa. Id. á Luisito. Así me gusta oirlo.

Lucas. Acercándose á los dos. Ya soy con ustedes.

Luisito. Es usted un hombre modelo.

Rosa. Con su poquito de genio, pero los hay peores, sí, señor.

Matías. Llegando por la puerta de la izquierda con doña Guadalupe. Pero ¿qué ocurre hoy en esta casa?

Guadalupe. Entrando. Parece que estamos jugando al escondite.

Lucas. Ya he terminado por esta noche.

Guadalupe. Gracias á Dios.

Matías. ¿Y Lucita?

Lucita. Llegando de prisa por la derecha. Aquí estoy.

Rosa. ¡Jesús, mujer!

Matías. Nos dejas solos.

Luisito. ¡Con lo que gustamos de su compañía!

Guadalupe. Es una desatención.

Lucita. He estado ordenando las cartas de las amigas. También los ausentes tienen hoy derecho á un recuerdo. Lucita habrá pasado hasta colocarse al lado de su padre, en primer término de la derecha, quedando más al centro de la escena Luisito y doña Rosa, y doña Guadalupe y D. Matías frente á los primeros, al otro lado.

Luisito. En voz baja á doña Rosa. ¿Ha oído usted? Un recuerdo para los ausentes.

Rosa. Lo mismo á Luisito. ¡Jesús, hijo; no ve usted más que sospechas!

Lucita. Aparte á D. Lucas. Vive tranquilo; ya tengo el lienzo á buen recaudo.

Lucas. Lo mismo á Lucita. ¿Lo has visto?

Lucita. Idem ídem. No he querido detenerme. Durante los anteriores apartes, D. Matías y doña Guadalupe habrán simulado una conversación en voz baja, que los tiene intrigados y de mal humor.

Lucas. Aparte á Lucita. ¡Qué ganas tengo de que nos dejen solos!

Lucita. Alto á doña Rosa. ¿Quién perdió por fin la partida?

Luisito. La hemos aplazado.

Rosa. Luisito juega mucho.

Matías. Es un peón para el ajedrez.

Guadalupe. Piensa mucho las jugadas.

Lucas. Eso es de buenos jugadores.

Lucita. Ligeramente irónica. Es cierto. Yo he oído hablar de dos hombres de talento que invirtieron un año en jugar una partida.

Matías. Poco tendrían que hacer.

Rosa. Ya será un poco menos.

Lucita. Ah, pues lo de la partida que duró un año es histórico. ¿Verdad, papá?

Lucas. No lo recuerdo.

Luisito. Visiblemente molesto. Yo no me considero con talento para jugar esas partidas.

Rosa. Es que no tiene usted contrario.

Matías. Aparte á doña Guadalupe. Ahora verás. Alto á Lucita. Hablando de otra cosa, ¿tienes alguna noticia de Ramón?

Lucas. Aparte. Ya pareció aquello.

Lucita. Las que saben ustedes, nada más.

Matías. Pudieras saber algunas otras.

Luisito. Yo puedo contarles algo nuevo.

Guadalupe. ¿Usted?

Luisito. Aunque poco...

Rosa. Este Luisito todo lo averigua.

Lucas. Aparte. No tiene otra cosa en qué pensar.

Matías. ¡Es un gran *detective!*

Lucita. ¡Por Dios, tito! ¡Ni que se tratara de perseguir á un criminal!

Matías. No creo haberlo ofendido.

Guadalupe. En tono de reprensión. ¡Lucita!

Rosa. ¡Habla de él con un calor...!

Lucita. Hasta ahora no he hecho sino rectificar la impropiedad de una palabra.

Matías. Bien está.

Guadalupe. No sigamos, Luz.

Luisito. En tono zumbón y gozándose por adelantado en el efecto de lo que va á decir. Pues sí, señores, he averiguado algo más de ese gran artista: ¡Ahora se dedica á pintar cuadros alegres!

Matías. ¡Hola! ¡Hola!

Guadalupe. ¿Será capaz?

Rosa. ¡Qué poca vergüenza!

Lucita. Aparte levantándose. ¡Qué asco! Alto. Voy á dar un encargo á Teresa. Vase por el foro derecha.

Rosa. Se marcha huyendo de la conversación.

Guadalupe. No sé por qué le desagrada.

Lucas. Sea por lo que quiera, le desagrada; y esto debiera bastarles para no mortificarla, por lo menos esta noche. Y para dar más valor á su muda protesta, yo también me retiro. Vase por el mismo sitio.

Guadalupe. Después de haberlo visto salir. Está loco de atar.

Matías. Déjalo.

Rosa. No le hacemos caso.

Luisito. En un alarde de hipocresía. Yo... señores... lamento...

Guadalupe. No, señor.

Matías. De ninguna manera.

Rosa. Siga usted, Luisito.

Matías. ¿Con que el afamado artista señor Quijano se dedica á pintar cositas alegres, como cualquier pintorzuelo de panderetas?

Luisito. No diré yo tanto; pero sí que ha descendido de la categoría artística en que pensó colocarse.

Matías. Lo de siempre: mucho escupir por el colmillo, mucho presumir, para luego no pasar de hacer el ridículo.

Luisito. Me enteré casualmente la otra noche que entré con unos amigos en un círculo de gente de buen humor, *El club de los solteros*, y en el salón de *actos* ví un lienzo representando... ¿qué dirán ustedes?

Rosa. ¿Alguna indecentada?

Guadalupe. ¿Una pornografía?

Luisito ¡¡La Diosa del baile!!

Guadalupe. ¿Desnuda?

Luisito. A medio vestir.

Rosa. Peor todavía.

Matías. Sí, hombre, sí; cualquier cosa hará ese pintorzuelo. Menos mal que ha tenido el buen acuerdo de firmar con nombre supuesto.

Luisito. Pues eso es lo más grave.

Matías. ¿No firma como hasta aquí?

Luisito. Al pie del lienzo de que hablo á ustedes se lee con todas sus letras el nombre de Ramón Velarde.

Guadalupe. ¡Esto más me faltaba!

Matías. ¡¡Qué vergüenza!!

Rosa. ¡¡Un apellido ilustre figurando en el testero de un salón de baile!!

Luisito. Prosiguiendo con mal disimulada fruición su tarea. Anunció que concurriría á la exposición, se dijo que presentaría un cuadro que daría mucho ruido y hasta se afirmó que iba á poner el mingo; pero ha transcurrido el plazo de admisión de obras sin que se haya recibido ninguna suya.

Matías. Reclamo, nada más que reclamo.

Guadalupe. ¿Se habrá agotado ó se habrá aburrido?

Rosa. Así se aburriera de la vida y nos dejara en paz á todos.

Luisito. Aparte. Consumemos la obra. Alto. Aquí tengo precisamente un periódico profesional que lo pone de oro y azul.

Matías. ¿A ver?

Guadalupe. ¿Esto más? ¡Dios mío!

Rosa. Lea usted, Luisito.

Luisito. Desdoblando un periódico. *El Templo de Apeles.* Es de hace unos días.

Rosa. Lea usted.

Luisito. No me atrevo; viene fuertecillo.

Guadalupe. Lea usted, Luisito, que por fuerte que sea ya no habrá de causarnos sensación.

Matías. Pidiendo el periódico. Yo lo leeré.

Luisito. Indicando el sitio. Aquí, en la sección *Cosas de Arte.*

Matías. Leyendo. «Cosas de Arte.—Pintor retraído. —Cuadro escandaloso.—¿Un timo?»

«Coméntase en los círculos artísticos la ausencia de la actual exposición de un pintor que en los años últimos logró acreditar el pseudónimo con que ha dado las obras al público, y que, cuando todos esperaban de él un lienzo que consolidase reputación tan rápidamente adquirida, se oscurece sin que pueda precisarse la razón de esta conducta.»

«En derredor del pintor aludido, y con ocasión de su retraimiento de la exposición, se ha forjado una leyenda que no deja de ser curiosa, aun cuando no podamos garantizarla: Parece ser que el artista de referencia—que pertenece á una familia distinguidísima—trataba de romper el anónimo con un lienzo, cuyo asunto, tomado de la vida del pintor, estaba llamado á causar ruido, no faltando quien sospeche que se trataba de *un timo artístico* contra personas determinadas de su familia, para quienes la exhibición del lienzo...» Arrojando el periódico con indignación. No es posible pensar mayor infamia.

Rosa. A doña Guadalupe. Ahora ya no dudarás.

Matías. ¡Pero no le valdrán sus tretas!

Luisito. El caso es verdaderamente estupendo.

Guadalupe. Estoy avergonzada, Luisito.

Matías. Todos, todos lo estamos. Pausa. Lucita habrá llegado momentos antes á la puerta del foro, desde donde escucha el final de la conversación, valida de que los otros no han de mirar hacia allá, distraídos como están con la lectura y comentarios.

Lucita. Llegando hasta ellos. ¿Todavía no se ha reanudado la partida?

Rosa. Secamente. No.

Luisito. Lo mismo. No.

Matías. Lo mismo. No.

Lucita. Me alegro, porque así no los distraigo. A D. Matías. ¿No me pedía usted noticias de Ramón?

Matías. Ya las tenemos.

Guadalupe. Sí.

Rosa. Las tenemos.

Lucita. Estas han de ser más recientes. Ofreciéndole un periódico á Luisito. ¿Quiére usted tomarse la molestia?

Luisito. Corrido al ver el título del periódico, que es el mismo que el del leído anteriormente. ¿Si usted lo desea...? Aunque está en buenas manos.

Lucita. Lo leeré yo. Es muy corto. Desdoblando el periódico. Durante la lectura, y sobre todo en la de las frases subrayadas, mirará muy significativamente á Luisito. Leyendo: «Sr. Director de *El Templo de Apeles*. Muy señor mío: Ruégole rectifique la especie absurda con que sin duda ha sorprendido su buena fé *alguien interesado en propalarla.*»

«A nadie importan las razones por las que no he concurrido á la actual exposición de pinturas, pero á su seriedad y á mi decoro conviene deshacer la infamia á que se atribuye la inspiración de mi cuadro *Los egoistas*, ya que acaso haya sido propalada *por un caballero que ha tratado de adquirir dicho cuadro, no sé con qué fin, valiéndose de un corredor muy conocido.*»

«Hágame la justicia de rectificar, pero no se tome la molestia de pedir explicaciones *al autor de la calumnia, porque perdería lastimosamente el tiempo.*»

«Desprécielo, como lo desprecia su atento seguro s. q. l. e. l. m.,

RAMÓN VELARDE.»

Pausa breve. Lucita deja caer el periódico cerca de Luisito.

Matías. Un desahogo más.

Rosa. Algo tenía que decir.

Guadalupe. ¿Y cómo ha llegado ese periódico á tus manos?

Rosa. Se lo habrá mandado el pintor.

Matías. De seguro.

Lucita. Parece lo más natural que sea él el más interesado en deshacer esa infamia.

Lucas. Llegando por la izquierda. Dice muy bien Luz.

Guadalupe. ¡Calla!

Rosa. Déjalo.

Lucas. Lo menos que puede hacer Ramón es hacer llegar la rectificación allí donde antes llegó la calumnia. Y lo menos que debieran hacer ustedes era no acordarse para nada del Santo de su nombre.

Guadalupe. ¡Lucas!

Rosa. ¡Si eso pudiera ser!

Matías. Es que á todos nos afectan sus locuras; más ahora que ya no firma con nombre supuesto.

Lucas. Hace bien.

Lucita. A nadie ha robado sus apellidos.

Guadalupe. A Lucita. Calla tú.

Lucas. Dice muy bien tu hija. A nadie ha robado sus apellidos. Pero es lo mismo: antes firmaba con otro nombre y también le roíais los huesos; y es que, á pesar vuestro, Ramón se ha abierto camino, os hace sombra y desearíais perderlo de vista, porque su presencia es para vosotros una acusación. Haceis hablar á uno lo que no quisiera.

Matías. ¡Vaya un defensor que le ha salido al pintorcito!

Rosa. Ahora que puede ser un buen partido para su hija.

Lucas. Aparte. Me revestiré de paciencia.

Guadalupe. ¡¡El Señor nos libre!!

Rosa. Pues por ahí eso se murmura. ¿Verdad, Luisito?

Luisito. Sí señora; y hasta se afirma.

Lucita. Aparte. ¡Para qué traería yo el periódico!

Guadalupe. ¿Qué dices tú á esto, Lucita?

Lucita. Después de unos segundos de lucha interior. No sé mentir; ni aun me atrevo á ocultar la verdad. Si en mi conducta hay algo censurable, ustedes me la impusieron. Todos se alejaron de Ramón condenándolo sin oirlo; el dolor de su abandono me inclinó á él, y el convencimiento de su nobleza aumentó mi simpatía hasta el punto que hoy no podría afirmar sin mentira que este afecto no es una forma del amor.

Guadalupe. ¡¡Lucita!!

Matías. ¡Ahí la tienes!

Rosa. Luisito tenía razón.

Luisito. Aparte. ¡Todo se ha perdido!

Rosa. Aparte á Luisito. ¿Qué murmura usted?

Luisito. Aparte á doña Rosa. Parodiaba á un rey francés.

Rosa. Aparte á Luisito. ¿A Francisco I quizás? Aún no hemos librado la batalla.

Luisito. Aparte á doña Rosa. Tanto peor. Sucumbimos sin lucha y sin gloria.

Matías. A Lucita. ¡Buena la has hecho!

Rosa. ¡Buena sorpresa nos reservabas para el día de tu cumpleaños.

Lucita. Que durante los anteriores incisos no habrá levantado

la vista del suelo, muy cerca de su padre. Por Dios... tíos... mamá... ¡No seais duros conmigo!

Rosa. Vámonos, Matías.

Matías. Sí, vámonos.

Guadalupe. ¿Tan pronto?

Lucita. ¿No esperais á cenar?

Rosa. No me encuentro bien.

Matías. Saldremos por la puerta del jardín que está más cerca de casa.

Lucas. Como ustedes quieran.

Luisito. A D. Matías y á doña Rosa. Me marcho con ustedes. Aparte. ¡Buena la hemos hecho!

Rosa. Adios, Lucita. Adios, sobrino.

Lucas. Lucas Oñoro. Yo también tengo nombre y apellidos y ya estoy cansado de que sólo se me conozca por el sobrino de D. Matías Porcell y por el marido de Guadalupe Velarde.

Rosa. Haciendo un mohín de desprecio, al mismo tiempo que D. Matías y Doña Guadalupe. Adios.

Matías. ¡¡Adios!!

Luisito. Buenas noches. Vánse los tres por la puerta de la izquierda, seguidos de doña Guadalupe. Lucita, al verlos marchar, se deja caer en una silla dando rienda suelta al llanto.

Lucita. Besando la mano á su padre. ¿Ves papá? ¡Se marchan sin darme un beso!

Lucas. Aquí estoy yo para besarte. La besa con pasión.

Lucita. ¡Cuánto siento el disgusto que os he dado!

Lucas. A mí, no; al contrario. Ya tenía yo deseos de mandar una vez en mi casa. Pero déjate de suspiros. Vámonos á pasear al patio; tú te serenarás y yo podré respirar á todo pulmón.

Lucita. Estoy sofocada; prefiero quedarme aquí.

Lucas. Como quieras. Adios, hija. Besándola cariñosa-

mente. No sé por qué me parece que hoy eres más hija mía.

Lucita. Hasta luego, papá. Vase D. Lucas por la derecha. Lucita queda sentada con la cabeza entre ambas manos. Luego se seca las últimas lágrimas. Pausa breve. Ramón llega por el foro, acompañado de Teresa, que le hace notar la presencia de Lucita en la habitación y se aleja discretamente por el foro derecha. Ramón avanza pausada y solemnemente hasta donde está Luz.

Ramón. Acercándose. ¡Luz!

Lucita. ¡Ramón!

Ramón. ¿Te sorprende mi visita?

Lucita. Me sorprende, no obstante habérmela anunciado.

Ramón. Entonces no es que te sorprende, es que te enoja.

Lucita. Sólo faltaba que vinieses tú á completar la obra de los otros.

Ramón. ¿Yo? Reparando en el semblante de Lucita, donde quedan huellas de la pasada borrasca. Pero ¿qué veo? ¿Has llorado?

Lucita. Las lágrimas, mis compañeras, no podían abandonarme en este día.

Ramón. Pues aquí estoy yo para secarlas; para bebérmelas iba á decir.

Lucita. ¡Qué tontería! Ya no lloro; fué una congoja de momento, que pasó. Hablaron mal de tí, te ofendieron...

Ramón. ¿Y lloraste?

Lucita. No tuve valor para defenderte contra tantos.

Ramón. Agradezco más tus lágrimas. La defensa pudo inspirarla un anhelo de justicia, un sentimiento de piedad; las lágrimas sólo ha podido producirlas el amor.

Lucita. ¿Estás seguro de ello?

Ramón. Segurísimo.

Lucita. ¿Y si te dijera que te defendí de los cargos que contra tí lanzaron?

Ramón. Pensaría que el amor te dió alientos para la defensa.

Lucita. O que me la inspiró un anhelo de justicia.

Ramón. Que, en último caso, reconocería por causa el amor.

Lucita. El amor, siempre el amor. Hoy no sales de esta palabra.

Ramón. ¿Y para qué? Ella lo abarca todo, lo expresa todo. El amor es la alegría del alma como la luz es la alegría de la Naturaleza. Por eso tú, Luz y Amor, lo eres todo para mí.

Lucita. Aparte. ¡Qué bálsamo el de sus palabras! Alto. Oye, Ramón... Arrepintiéndose en seguida. No, no.

Ramón. ¿Qué ibas á decirme?

Lucita. Nada, una niñería.

Ramón. Dila.

Lucita. ¿Te vas á reir? Es una simpleza.

Ramón. No me río. Acaba.

Lucita. ¡Ya ves qué tontería! Iba á preguntarte si has escrito versos alguna vez.

Ramón. Cuando más joven. ¿Por qué lo preguntas?

Lucita. Ruborosa. Porque dices unas cosas muy bonitas.

Ramón. Es el amor el que las dice.

Lucita. Sí; pero el amor no se expresa lo mismo por todos los labios. A mí no se me ocurrirían.

Ramón. Porque el amor en las mujeres suele hablar más por los ojos. Ahora mismo me hablan los tuyos en lenguaje de madrigal.

Lucita. ¿De veras?

Ramón. Y tan de veras.

Lucita. ¡Ah! Pues tengo que reñirles.

Ramón. ¿Por qué? ¡Si los madrigales son muy dulces!

Lucita. Y á veces un tantico picarescos.

Ramón. Los madrigales de tus ojos, no. Mirándola fijamente, entusiasmadísimo. *Ojos claros, serenos* ... Reparando súbitamente en el fruncimiento de cejas de Luz. Ya les has reñido á tus ojos. ¡Me gusta!

Lucita. Para ayudarte á componer el madrigal del clásico.

Ramón. Y que están muy bonitos tus ojos *así, airados.* « *Ojos claros, serenos, Ya que así me mirais, miradme al menos.*»

Lucita. Desgranando su risa de cristal. ¡Mira que si alguien nos estuviera viendo...!

Ramón. Envidiaría este madrigal en acción.

Lucita. No lo creas; no es este manjar para todos los paladares.

Ramón. Gustémoslo nosotros y alimentemos con él nuestro cariño. Breve pausa de arrobamiento.

Lucita. Entristeciéndose. ¡Nuestro cariño dices! ¡Parece una planta maldita! ¡Ha escandalizado á todos!

Ramón. ¡Hipócritas! Ellos lo han procurado y ahora se horrorizan.

Lucita. Lo buscaron sin proponérselo.

Ramón. Claro está. A conciencia, no me hubieran procurado felidad tan inmerecida.

Lucita. ¡Ramón!

Ramón. Pero me aislaron sin dejarme con el mundo otra comunicación que tu simpatía. Un preso al que se le encierra en un calabozo adonde sólo baja un

hilo de luz, ¿qué ha de hacer sino mirar la hendidura por donde el hilo de luz penetra? Tu bondad fué el rayo de luz que llegó á la lobreguez de mi encierro; ¿qué ha de hacer mi alma sino bendecirte?

Lucita. Yo no sabía de estos amores mundanos; un impulso de mi corazón me acercó á tí, creyéndote bueno, cuando todos te abandonaron. ¡Aún no sabes tú por qué secretos caminos llegó hasta tí mi compasión de hermana! Pero poco á poco y contra mi voluntad aquel sentimiento de piedad fué cediendo terreno á otro más hondo y conmovedor afecto hasta abrasarme el alma en un fuego dulcísimo.

Ramón. ¡Bendita seas!

Lucita. ¿Será este afecto, nacido en tan extrañas circunstancias, una nueva forma de la piedad ó un más refinado egoismo y no amor verdadero?

Ramón. Amor, Luz, amor; tu ingenuidad lo ha definido á maravilla. Si á él hubiérámos llegado por el camino de un noble egoismo ¿qué importa, siendo el amor el más humano y el único casi divino de los egoismos?

Lucita. A propósito de egoismos, ¿para qué has mandado ese cuadro?

Ramón. Es mi regalo de cumpleaños.

Lucita. Y un peligro para mí.

Ramón. ¿Lo has visto?

Lucita. No; pero me ha parecido que es el de tus egoistas.

Ramón. Pero reformado. De todas las figuras quedas sólo tú. Pinté ese lienzo para perpetuar el recuerdo de aquella escena que fué el punto de partida de mi rehabilitación y queda de él el objeto y el ideal de aquella rehabilitación ansiada.

Lucita. Como disgustada. ¿Lo has borrado?

Ramón. Sí; ¿no lo apruebas?

Lucita. ¿Yo ...?

Ramón. Hay otra razón más: he querido que desaparezca el fundamento de la última infamia fraguada contra mí. Luisito ...

Lucita. Lo sé: trató de hacer ver que te había inspirado la idea de ridiculizar á los tíos.

Ramón. Sin embargo de lo cual, trató de adquirir el cuadro, tal vez para explotar la idea que á mí me había atribuído.

Lucita. ¡¡Qué perversos son!!

Ramón. Del lienzo queda sólo tu figura. Donde estaban las demás luce un cielo azul y un campo alegre.

Lucita. Has podido recortarlo.

Ramón. Aun es pronto. Aspiro á que sobre ese campo abrileño y bajo ese cielo azul sonrian de felicidad unas criaturitas inocentes.

Lucita. Riéndose bien á su pesar, al ver cómo Ramón se goza en su turbación. ¡Qué cosas tienes! ¡Había creido que hablabas en serio!

Ramón. Y tan en serio. Ya verás.

Lucita. A Ramón, al ver llegar á D. Lucas por el sitio por donde desapareció antes. ¡Mi padre! Adelantándose á su encuentro.

Lucas. Acercándose. ¿Estás mejor? Bajo á Lucita, después de mirar á Ramón. He podido ahorrarme la pregunta.

Lucita. Ruborosa. ¡Papá ...!

Ramón. Acercándose. Adios, Lucas.

Lucas. Adios, Ramón.

Ramón. Perdóname, si vengo ...

Lucita. Ya sabe que te invité.

Lucas. Interrumpiendo. Corramos un velo sobre el pasado.

Ramón. Me hice invitar porque deseaba hablaros y he querido aprovechar el día de hoy.

Guadalupe. Llegando por la izquierda, á Lucita. Me ha costado mucho convencerlos, pero, al fin, se quedan. Esperan que vayas tú á recibirlos.

Lucita. Ahora mismo. Aparte. Sea lo que Dios quiera. Váse hacia la izquierda.

Guadalupe. Con extrañeza, á Ramón. ¿Tú aquí?

Ramón. Te ofrecí volver.

Guadalupe. Lo recuerdo bien: Para humillarme, dijiste.

Lucas. Enérgicamente. ¡Guadalupe!

Ramón. ¿A qué reproducir aquella escena?

Lucas. A Guadalupe. Lo he invitado yo. A Lucita. Ve á por los tíos.

Guadalupe. ¿Estando aquí Ramón?

Ramón. A Lucita. Ve, que me interesa.

Lucita. Voy allá. Aparte. No sé qué va á pasar aquí. Váse por la puerta izquierda.

Guadalupe. ¡Para qué los obligaría yo á volver! A Ramón. ¿Tendrás prudencia?

Ramón. La tuve hasta cuando me calumniábais. Además, me marcharé en seguida.

Guadalupe. Pero el encuentro...

Lucas. No te preocupes.

Ramón. Sé lo que me debo á mí y lo que debo á este sitio.

Guadalupe. Aparte. ¡Qué angustia!

Ramón. ¡No sabeis cuánto he anhelado que llegara este instante!

Guadalupe. ¡Ramón...!

Lucas. ¡Basta ya, Guadalupe! Los tres vuelven la vista hácia la puerta de la izquierda, por donde se sienten rumor de pasos.

Rosa. A Lucita, que llega con ella por la izquierda. Hemos vuelto solamente por tí. No queremos que digas... Fijándose en Ramón. ¿Qué es esto? ¿Ramón aquí?

Matías. Que entra detrás de doña Rosa. ¿Para esto nos habeis hecho volver?

Lucita. Aparte. ¡Dios mío! Pasa Luz hacia el primer término de la derecha y doña Guadalupe retrocede hasta acercarse á los tíos, quedando los seis formando, cada tres, un segmento de círculo por este orden, de derecha á izquierda: Lucita, D. Lucas, Ramón; doña Guadalupe, doña Rosa y D. Matías.

Ramón. A los tíos. No tembleis, que no vengo á exigiros cuenta de vuestra conducta. Allá ustedes la liquidarán con sus conciencias.

Matías. Crudamente irónico. ¿Vienes á darnos cuenta de tus triunfos?

Ramón. Mis triunfos no valen la pena, y ustedes tienen ya quien se los pondere.

Rosa. En el mismo tono que su esposo. ¿Vendrás á amenizarnos la noche?

Guadalupe. Sofocadísima. ¿A qué has venido, Ramón?

Lucas. Todavía no se lo he preguntado yo, que soy el único que tiene derecho á preguntarlo.

Guadalupe. ¡Marido!

Matías. ¡También tú!

Rosa. Vámonos, Matías.

Lucita. Acongojadísima. ¡Dios mío, qué noche!

Ramón. Soy yo el que se marcha ahora mismo. He venido tan sólo para proporcionarles tema de nuevas murmuraciones.

Rosa. Alto á D. Lucas. ¿Toleras tú esto? D. Lucas se encoge de hombros.

Ramón. Solemne y respetuoso. Ramón Velarde Ocano, el pintor calumniado y perseguido, os pide en matrimo-

nio á vuestra hija y sobrina Luz. Lucita, en actitud pudorosa, baja al suelo la vista. Los tíos y doña Guadalupe se miran estupefactos.

Rosa. Con indignación. ¡¡Qué valor!!

Matías. Con ídem. ¡¡No será!!

Guadalupe. Con ídem. ¡¡Eso nunca!!

Lucas. Eso será lo que ella quiera.

Guadalupe. ¡Marido!

Matías. ¡Sobrino!

Rosa. ¡¡Jesús!!

Lucas. Lo que ella quiera. No habrá fuerza que tuerza su decisión.

Lucita. ¡Padre . . . ! Abrázalo, llorosa; luego pasa á colocarse entre su padre y Ramón, dando á éste la mano, mitad en saludo, mitad en ofrenda.

Ramón. A Lucita y á D. Lucas. ¡Gracias!

Lucas. Alto, mirando á Lucita. No hay ambición que valga el sacrificio de tu felicidad.

Matías. Alto á doña Rosa. Vámonos.

Rosa. Vámonos, sí. Doña Gnadalupe les suplica, muda y llorosa.

Lucita. Tratando de llegarse á ellos. ¡Tíos, por Dios!

Ramón. Déjalos. Lucita retrocede hasta donde estaba antes.

Lucas. Déjalos. Ya volverán cuando se les haya caído la venda de los ojos.

Ramón. ¡Y entonces habrá triunfado el amor sobre todos los egoísmos!

Quedan á la derecha, abrazados, D. Lucas, Lucita y Ramón; doña Rosa y D. Matías habrán empezado á caminar perezosamente hacia la puerta de la izquierda, seguidos de doña Gnadalnpe, en la misma actitud dolorosa y suplicante; mientras ha ido cayendo el telón.

FIN DEL ACTO TERCERO Y ÚLTIMO

PLEITESÍA

Lo que generalmente en estos casos no pasa de ser una atención delicada, es en el caso presente un deber, y deber de gratitud que son los que atan más fuertemente la voluntad. Faltara yo á él, si al final del libro de Los egoistas *no hiciera las manifestaciones á que me obliga la noble sinceridad de mi alma.*

Sean mis primeras palabras de agradecimiento para el público, para este público cariñoso que una vez más ha hecho derroche de su benevolencia aplaudiendo esta modesta producción teatral. La gratitud hacia él perdurará en mi alma con la misma fuerza que la satisfacción de mis triunfos; de estos pobres triunfos míos en los que tanto colaboró la benevolencia de ese mismo público.

No es menos obligada mi gratitud á los compañeros, los periodistas de la prensa local, que ahora como otras veces han vertido el caudal de su galantería en frases de encomio. Esta conducta generosa no me ha sorprendido ni podía sorprenderme, porque la prensa de Badajoz me tiene, de muy antiguo, acostumbrado y rendido á sus mercedes.

Pero mi más fervorosa devoción, el más fuerte testimonio de mi gratitud es hoy para los artistas de la compañía Porredón. Al fin y al cabo, éstos no podían sentir, como el público y los periodistas de Badajoz, los estímulos de la convivencia y del compañerismo para poner en la interpretación de Los egoistas *todo el pulcro esmero y toda la delicada simpatía de que hicieron gala en la noche del estreno.*

Matilde Rodríguez, la gentilísima actriz de prosapia artística, maestra envidiable en el decir y en la

expresión de los más hondos sentimientos; Ana Siria la actriz de sóbrio gesto y de dicción impecable; Felisa Boisgontier, asombro de discreción y de naturalidad; Fernando Porredón, el actor inteligentísimo, gran director y excelente amigo; Carmencita Muñoz, flor de juventud y actriz de esperanzas; Victoria Calzadilla, de la buena escuela escénica; Manolo N. Alverá, Francisco Serrano, Félix Infiesta, actores cargados de laureles; Rafael Victorero, joven estudioso y dócil á todas las indicaciones; todos, todos ellos rivalizaron noblemente en la interpretación de la obra hasta conseguir que el público se rindiera, dominado, subyugado por la influencia poderosa de su inspiración y de su arte.

Para todos ellos guardo en mi corazón, sincero y profundo agradecimiento y á todos ellos ofrendo en estas líneas, expresión de mi sentir, el vivo testimonio de mi amistad.

Fernando García Jimeno.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Nota del día, monólogo en verso (agotada la edición).

El vestido largo, (*) diálogo en prosa y verso, con música del maestro D. Mateo Alba.

Palique de novios, entremés, en prosa.

Badajoz por dentro, humorada lírica, con música de los maestros D. Mateo Alba, D. Mariano Liñán y D. Sebastián Cabezas.

(*) En colaboración con D. Jesús Rincón.

Precio: 2 pesetas